



Biblioteca Mundial  
de la Poesía  
UAEMEX



UAEM

Universidad Autónoma  
del Estado de México





**Compilación de Obras**  
**José María Heredia**

© Universidad Autónoma del Estado de México, 2016 Instituto Literario núm. 100,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

El presente texto es un derivado de una obra en dominio público. Recuperado de:  
<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/poesias-15/html/ff3ac86a-82b1-11df-acc7-002185ce6064.html>

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en <http://ri.uaemex.mx/>



Rafael Obligado  
Poesías



## Rafael Obligado Poesías

### ÍNDICE:

- o Echeverría
- o El hogar paterno
- A mis hermanas
- o En la ribera
- o Laetitia
- o La Pampa
- o Pensamiento
- o Semejanzas
- o El seíbo
- o Sombra
- o A una poetisa lusitana
- o Hojas
- o Un cuento de las olas
- A Celmira Jurado
- o Visión
- o Primavera
- o Ofrenda
- o La sombra del sauzal
- o Basta y sobra
- o A una niña en su álbum
- o El nido de boyeros
- A Mercedes Obligado
- o Acuarela
- o Al partir
- o Santos Vega
- Tradiciones argentinas
- o El canto de las olas



Deville

o Estrofas

o Nocturno

o Sólo tú

o Al poeta americano Numa Pompilio Llona

Autor de la Odisea del alma

o Adolescente

o La flor del seíbo

Al poeta Calixto Oyuela

o Primera lágrima

o Adiós

o El naranjo y el cedro

Leyenda bíblica

o El hogar vacío

o El manantial

o América

o Canción

o Sin ella...

o Ellos

o La luz mala

Tradición Argentina

o Florencio del mármol

o Las quintas de mi tiempo

o Inspiradora

Echeverría

I

Era esa pampa dilatada y sola,

sin otra vida que la vida aquella

que hace rodar la ola

y girar en los cielos una estrella;

Sin más palabra, que la voz vibrante



5  
del buitre carnicero,  
el alarido de la tribu errante,  
y el soplo del pampero.  
Faltaba el alma a la extensión vacía  
a los vientos del llano,

10  
un rumor cadencioso, una armonía  
que sólo brota el corazón humano.  
Su lumbre derramaba  
El sol, siguiendo su fatal camino;  
La luna, su destello soñoliento;

15  
pero al cielo faltaba  
un astro, el astro del amor divino,  
y a la tierra el fulgor del pensamiento.  
Sentir, pensar... Suprema, única vida;  
para la sed del alma, ¡única fuente!

20  
Sobre la tierra, que a vivir convida,  
¿Bastarnos puede, acaso,  
un astro que se eleva del oriente  
y se oculta en silencio en el ocaso?  
Nada dice al espíritu

25  
la noche taciturna,  
encorvando su bóveda sombría  
como una inmensa urna



sobre la tierra desmayada y fría,  
si en la sombra lejana

30  
de sus antros sin nombre,  
no destella la mente soberana  
y no palpita el corazón del hombre.  
El vuelo de las aves,  
de la laguna el musical ruido,

35  
las mil voces suaves  
que el viento imprime al pajonal dormido  
¡Ah! ¡Todo ese concierto  
en vano resonaba,  
porque allá, sin un eco, se apagaba

40  
en los profundos senos del desierto!  
II  
Llegó por fin el memorable día  
en que la Patria despertó a los sonos  
de mágica armonía;  
en que todos sus himnos se juntaron

45  
y súbito estallaron  
en la lira inmortal de Echeverría.  
Como surgiendo de silente abismo,  
el mundo americano  
alborozado se escuchó a sí mismo

50





el Plata oyó su trueno;  
la Pampa, sus rumores;  
y el vergel tucumano,  
prestando oído a su agitado seno,  
sobre el poeta derramó sus flores.

55

Desde la hierba humilde,  
hasta el ombú de copa gigantea;  
desde el ave rastrera que no alcanza  
de los cielos la altura,  
hasta el chajá que allí se balancea

60

y, a cada nube oscura,  
a grito herido sus alertas lanza;  
todo tiene un acento  
en su estrofa divina,  
pues no hay soplo, latido, movimiento,

65

que no traiga a sus versos el aliento  
de la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho  
esa fuerza expansiva  
que hace parezca el horizonte estrecho

70

de la ciudad nativa;  
y tendido en el lomo rozagante  
del potro pampeano,  
campos y campos devoró anhelante



y allá en la sombra se perdió del llano.

75

La noche era tranquila;  
en la faz del desierto  
clavaban las estrellas la pupila,  
con esa mezcla de ansiedad y pena  
con que miramos en la tierra a un muerto.

80

¿Qué hablaron al poeta  
esos murmullos de la noche en calma,  
del carrizal nacidos,  
que cantan al pasar en los oídos  
y lloran en el alma?

85

¿Qué historia la contaron?  
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,  
que sus ojos en llanto se empañaron  
y detuvo del potro la carrera?  
¡Era que oyó el gemido

90

de un pecho desgarrado,  
un grito por tres siglos repetido  
y de nadie escuchado  
¡Era que de su lira generosa  
cayó en la cuerda viva,

95

como gota de lluvia, luminosa,  
la lágrima infeliz de la cautiva!



#### IV

En vano entre sus toldos el salvaje  
esclavizó a María:

En sus sueños geniales el poeta,

100

en el distante aduar, la presentía.  
Para él nació; para su gloria fueron  
aquellas formas armoniosas, bellas;  
esos ojos que lágrimas vertieron  
hasta empaparle el corazón con ellas.

105

El reflejo en su espíritu doliente  
su historia sin ventura;  
él la siguió, como paterna sombra,  
por la vasta llanura;  
él hizo que las gotas de su llanto

110

en las almas sensibles se volcaran,  
y los ojos enjutos  
de todo un pueblo a humedecer llegaran.  
Rosa temprana en un erial caída,  
él recogió sus hojas una a una.

115

Entregadas ¡oh Dios! Por la fortuna  
a todas las tormentas de la vida;  
y en las cadencias de su verso alado,  
dulce, insinuante, musical, sereno,  
vino y vertió su aroma delicado



120

de nuestra patria en el materno seno.  
Desde entonces hay cantos de ternura,  
rumor de besos en la Pampa inmensa  
hay un alma que piensa,  
una fibra que late a cada paso;

125

y derrama su lumbre perdurable  
el astro hermoso que la vida encierra,  
el astro del amor, puro, inefable,  
que no rueda al ocaso,  
que no empañan tormentas de la tierra.

130

V

¡República Argentina, madre mía!  
¡Felices ¡ah!, los que tu sien miraron  
de frescos lauros coronarse un día!  
¡Los que tu suelo estéril fecundaron  
con sangre de sus venas,

135

y anillo por anillo, las cadenas  
de la oprobiosa esclavitud trozaron!  
Para aquellos heroicos corazones  
era música grata,  
del Pacífico al Plata,

140

el solemne tronar de tus cañones.  
Sólo a ellos fue dado  
contemplar esa mágica belleza



con que, rotas las brumas del pasado,  
se levantó tu juvenil cabeza;

145

sólo a ellos, beber en el reguero  
de viva luz, que derramó en tu frente,  
de Moreno, la mente,  
de San Martín el inflexible acero.  
¡Con qué íntimo gozo,

150

tus hijos, fuertes en su amor profundo,  
te colocaron en excelso asiento  
para mostrarte independiente al mundo,  
independiente y libre...  
libre no, que era esclavo el pensamiento!

155

El filo de la espada  
cortar puede los lazos  
que a un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;  
mas aquellos que inerte  
el alma dejan a merced extraña,

160

que hasta el rayo de sol en que se baña  
le dan quebrado por ajeno prisma,  
como el diamante con su propio polvo.  
Sólo se cortan con el alma misma.  
Y Echeverría los cortó. Su mente

165

hirió como una espada,



de resplandores acerados llena,  
las viejas ligaduras  
que la conciencia de la Patria, atada  
tuvieron ¡ay, a la conciencia ajena!

170

¡Y fue la libertad! ¡Y el pensamiento  
tomó las alas del nativo cóndor  
para escalar audaz el firmamento;  
para arrojar de la región del rayo,  
en páginas de fuego,

175

el Dogma excelso que, inspirado en Mayo,  
fue norma y guía de la Patria luego!

VI

Profundas melodías  
vagaban en la atmósfera serena,  
como el fúnebre acento de la quena

180

que sollozaba en los antiguos días  
dulces cantos de amor, que eran al alma  
claridad y rocío:

El triste desengaño, el negro hastío,  
La esperanza risueña...

185

¡Ah! ¡Todo ese universo  
revivió en los Consuelos, y su verso  
se apoderó de la mujer porteña!  
Él las dijo al oído  
tantos sueños de amor, que el alma encienden;



190

tanto vago secreto,  
de esos que ellas aprenden  
como las aves a construir su nido,  
que aún su nombre es amado  
como un recuerdo de amorosa historia,

195

cuya doliente evocación consuela;  
y aún llevan, en ofrenda a su memoria,  
ornando sus hechizos,  
la cándida diamela  
que él, con sus manos, enlazó a sus rizos.

200

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora  
en que de nubes se cubrió y de duelo  
la faz tranquila del hermoso cielo  
que vio de Mayo la primera aurora.  
Como fiera traidora

205

que avanza oculta en tempestad sombría,  
la libertad rasgando y el derecho,  
la garra de la infame tiranía  
¡De Buenos Aires se clavó en el pecho!...  
¡Adiós, sueños de amor! ¡Adiós hermosas

210

que a la sien del poeta  
ofrenda hicisteis de tejidas rosas!  
Él todavía, la mirada inquieta



vuelve a vosotras, de la nave ingrata  
que lo lleva al destierro y a la muerte

215

sobre las olas del airado Plata.  
¡Se ausentó para siempre! Solitario  
quedó... su corazón, pues no cabía  
en su íntimo santuario,  
otro amor que su patria, ni otro cielo

220

que aquel sublime y grande,  
que se dilata del platino estuario,  
en arco inmenso, hasta la sien del Ande.  
Brotó de su alma, en su postrera noche,  
una lágrima ardiente,

225

de bendición para la patria ausente  
para el tirano, de viril reproche;  
y herido al fin por la implacable saña  
del destino, se hundió como los astros,  
dejando en torno luminosos rastros,

230

¡en el sepulcro de la tierra extraña!  
¡Oh injusticia! ¡oh dolor!... Patria de Mayo,  
¿dónde están del poeta los despojos?  
¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?  
La misma luz que acarició sus ojos?

240

¿Duerme, madre, en tu seno





el hijo tuyo, el corazón valiente,  
el que ni en llanto humedeció ni en sangre  
el vivo lauro que ciñó a tu frente?  
¡No, que el cantor de la llanura, yace

245

de su pueblo olvidado!...  
Ayer no más, trayendo las cenizas  
del héroe invicto, del primer soldado,  
llena de pompa y luz y movimiento,  
rozando aquella tumba solitaria

250

pasó la nave; y su estertor profundo,  
hizo temblar la copa funeraria  
de los cipreses, en dolientes coros,  
al huir gallarda a la natal ribera,  
¡revolviendo los hélices sonoros

255

y suelta al aire la triunfal bandera!  
¡Quedó esa tumba abandonada!... Empero,  
¡él fue también libertador; guerrero  
de la lucha más noble! -La Cautiva,  
que el sentimiento nacional exalta

260

y su estandarte victorioso ondea,  
es como Maipo y Ayacucho y Salta,  
¡el triunfo de una idea!  
¡Poetas! ¡De la Patria es nuestra lira,  
la inspiración sagrada



265

que en sed de gloria, al ideal aspira!  
Y si queremos de los hijos nuestros  
tan sólo una mirada,  
no de frío desdén, do noble orgullo,  
venid, y entrelazadas nuestras manos,

270

¡sigamos esa estrella, que nos guía!  
¡Lancémonos nosotros, sus hermanos,  
por la senda inmortal de Echeverría!  
Buenos Aires, 1881.  
EL HOGAR PATERNO  
A mis hermanas  
¡Oh! ¡Mis islas amadas, dulce asilo  
de mi primera edad!  
¡Añosos algarrobos, viejos talas  
donde el boyero me enseñó a cantar  
¿Por qué os dejé, para encerrar mi vida

5

en la estrecha ciudad;  
para arrojar mi corazón de niño  
de las pasiones en el turbio mar?...  
Como un cisne posado en las riberas  
del ancho Paraná,

10

así, blanco y risueño, se divisa  
a la distancia mi paterno hogar.  
En los vastos y abiertos corredores  
que grata sombra dan;  
en el cuadro de antiguos paraísos



15

que, destrozados, no florecen ya;  
En las barrancas que hacia el puerto ondulan  
y avanzan al canal,  
do vela el sueño de gloriosos muertos  
la solitaria cruz de ñandubay;

20

En la hondonada que perfuma el molle  
y engalana el chañar;  
en el arroyo que las toscas baña;  
en ese campo que se extiende allá...  
Allí está mi pasado, de mi vida

25

la inocencia y la paz;  
allí mi madre me acaricia, niño,  
y mis hermanas en redor están.  
No bien despunta el sol en el oriente,  
tierno beso nos da;

30

de rodillas, oramos; y, en seguida,  
¡puerta franca... la luz, la libertad!  
Como bandada de enjaulados pájaros,  
por aquí, por allá,  
al campo el uno, a la barranca el otro,

35

nos echábamos todos a volar.  
-"Cuidado con los nidos", nos decía  
mi madre en el umbral;



pero digan horneros y zorzales  
si les valió la maternal piedad.

40

Lejos ya de su vista, a un algarrobo  
trepaba el más audaz,  
y con los ojos de mil ansias llenos,  
esperaban en grupo los demás.  
En el horno de barro, construido

45

para vivir y amar,  
introducía sus rosados dedos  
el pequeño aprendiz de gavilán;  
Y, del pico o el ala destrozada,  
¡Nunca vista crueldad!

50

Asiendo los polluelos, uno a uno  
los arrojaba con desdén triunfal.  
Y era entonces de ver el alboroto  
y el bullicioso afán,  
de aquel enjambre de inocentes niños

55

que así destruía un inocente hogar.  
Otras veces, del río en la corriente,  
al cárdeno fulgor  
que desde el fondo de la Pampa envía,  
en sesgo rayo, el moribundo sol;

60

En agitado, en revoltoso grupo,



y alegre confusión,  
los juncales rozando de la orilla,  
con mis hermanas navegaba yo.  
Una, los brazos en el agua hundiendo,

65  
tendíase a estribor,  
y sonreía a la rizada espuma  
que la canoa abandonaba en pos.  
Otra, imprudente, a la inclinada borda  
lanzándose veloz,

70  
entre sus manos victoriosa alzaba  
del camalote la celeste flor.  
Esta, la caña de pescar volvía,  
enviando en derredor  
menudas gotas que al caer brillaban

75  
en los cabellos de las otras dos.  
Batiendo luego las rosadas palmas,  
reía, porque vio  
medrosa hundirse en la corriente un ave  
al desusado y repentino son.

80  
Pero si alguna, al levantar los ojos,  
mostraba el mirador,  
donde mi madre a vigilarnos iba,  
gritaban todas a la vez: "¡adiós!"  
¡Oh dulces años! Por entonces era



85

nuestro goce mayor,  
hurtar las flores que en las islas abren,  
y de sus aves escuchar la voz.  
Las pasionarias, las achiras de oro,  
y el seíbo punzó,

90

eran ofrendas que mi madre amaba  
porque a sus hijos se las daba Dios.  
¡Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo  
arranco al corazón,  
si yendo en pos del oropel mundano

95

el hombre olvida lo que el niño amó!  
Vuelta de Obligado, 1882.  
En la ribera  
Ven, sigue de la mano  
al que te amó de niño;  
ven, y juntos lleguemos hasta el bosque  
que está en la margen del paterno río.  
¡Oh, cuánto eres hermosa,

5

mi amada, en este sitio!  
Sólo por ti, y a reflejar tu frente,  
corriendo baja el Paraná tranquilo.  
Para besar tu huella  
fue siempre tan sumiso,

10

que, en viéndote llegar hasta la playa



manda sus olas sin hacer ruido.  
Por eso, porque te ama,  
somos grandes amigos;  
luego, sabe decirte aquellas cosas

15

que nunca brotan de los labios míos.  
El año que tú faltas,  
la flor de sus seibos,  
como cansada de esperar tus sienes,  
cuelga sus ramos de carmín marchitos.

20

Por la tersa corriente,  
risueños y furtivos,  
como sueltas guirnaldas, no navegan  
los verdes camalotes florecidos.  
Sólo inclinan los sauces

25

su ramaje sombrío,  
y las aves más tristes en sus copas  
gimiendo tejen sus ocultos nidos.  
Pero llegas..., y el agua,  
el bosque, el cielo mismo,

30

es como una explosión de mil colores,  
y el aire rompe en sonoros himnos.  
Así la Primavera,  
del trópico vecino  
desciende, y canta, repartiendo flores,



35

y colgando en las vides los racimos.  
¡Cuán suenan gratamente,  
acordes, en un ritmo,  
del agua el melancólico murmullo  
y el leve susurrar de tu vestido!

40

¡Oh, si me fuera dado  
guardar en mis oídos  
para siempre, esta música del alma,  
esta unión de tu ser y de mis ríos!...  
Si al borde de los dulces

45

raudales argentinos,  
naturaleza levantó mil grutas  
de pasionarias y silvestres tilos;  
Si de un árbol en otro,  
cruzando entretrejos,

50

cual hamacas indianas, los zarzales  
al aire entregan sus flotantes hilos:  
¡Es que el amor es dueño  
de todo Paraíso!  
¡Es que toda belleza de la tierra

55

es un fragmento del Edén perdido!  
Por eso eres más bella,  
mi amada, en este sitio  
y es más blanda tu voz, y más radiante





la lumbre de tus ojos pensativos.

60

¡Ámame, no me olvides,  
ámame con delirio;  
bésame con el beso de tus labios,  
como la esposa del cantar divino!  
Yo guardaré el secreto,

65

lo guardará este asilo,  
donde, ingenuas, se besan las palomas  
ante la augusta majestad del río.

Laetitia

Con tu sonrisa embelleces  
y haces tus quince lucir;  
te lo habrán dicho mil veces  
blanco pimpollo pareces  
que se comienza a entreabrir.

5

Sobre tu seno palpitan  
no sé qué lumbres dudosas;  
cuando tus formas se agitan,  
a respirarlas incitan  
como un manojo de rosas.

10

En tu infantil hermosura,  
llena de vivos sonrojos,  
hay tal hechizo y frescura,  
que hasta la luz es más pura  
en el cristal de tus ojos.



15

Cuando caminas, tu traje  
hace susurro de espumas,  
y, por rendirte homenaje,  
de tu sombrero en las plumas  
canta la brisa salvaje.

20

Los que te miran pasar  
con esa audacia triunfante  
y esa sonrisa sin par,  
juran, al ver tu semblante,  
que tú no sabes llorar.

25

Juran verdad. ¡Pues mejor!  
¡Fuera pesares y engaños,  
y no contraiga el dolor  
esos dos labios en flor  
donde sonríen quince años!

30

1874.

La Pampa

I

Que voz suave, qué sonoro acento  
para cantarte ¡oh Pampa! ¿Me demandas?  
¿Será el rugido atronador del viento?  
¿Será el susurro de las auras blandas?  
Te veo y me estremezco: mi alma siente

5



que tu misma grandeza la aniquila,  
y súbito después alzo la frente  
para encerrarte entre mi audaz pupila.  
Entonces algo tuyo me levanta,  
y libre como el viento correr quiero...

10

¡Bate el caballo su orgullosa planta  
y vuela con impulso de pampero!  
Fácil el llano a su vigor se tiende;  
huyendo lejos se adivina el monte;  
¡No hay limite!... la niebla se desprende,

15

y a su paso se aleja el horizonte.  
"¡Más rápido! ¡más rápido! Entreabierto  
allí está el porvenir en tu camino;  
¡Salta! ¡vuela! Devora ese desierto  
y arráncale el secreto del destino!"

20

Y el caballo se lanza, ya sediento  
de espacio, de huracán y de frescura;  
se desata y se aleja el pensamiento  
como un ave extraviada en la llanura.  
El alma sobre el llano se difunde,

25

lo abarca como el sol al mar distante,  
lo huella, lo limita, lo confunde,  
lo empapa de su espíritu gigante.  
¡Sí!, que del potro la veloz carrera



precipita al abismo los sentidos;

30

¡El vértigo del alma se apodera  
y se sienten los nervios sacudidos!  
El pecho se electriza, se acrecienta;  
se oye golpear un corazón de acero;  
allí el pulmón no vive si no alienta

35

el soplo poderoso del pampero.  
Allí, lejos del hombre, sobre el llano,  
descompuesto el cabello, roto el traje,  
tengo orgullo de ser americano  
y de gozar de libertad salvaje.

40

Se enardece mi alma; delirante  
arranco el velo al porvenir, ¡cuán bella  
la imagen de la Patria deslumbrante,  
amor y gloria y juventud destella!  
Siento el rumor y el incesante coro

45

de un pueblo egregio que el progreso guía;  
y alzando el alma a Dios, me postro y oro  
ante la imagen de la patria mía!  
Entonces quema mi ardorosa mano,  
mi corazón es fuego, mi frente arde...

50

¡Qué placer si desciende sobre el llano  
el ala refrescante de la tarde!

II



La aurora es la belleza que deslumbra,  
la juventud, el canto, la armonía;  
la tarde es un ensueño en la penumbra,

55

el beso de la noche con el día.  
La tarde de la Pampa misteriosa  
no es la tarde del bosque ni del prado  
es más triste, más bella, más grandiosa,  
más dulce muere bajo el sol dorado.

60

Ni un rumor escucháis, ningún ruido  
en la vasta planicie solitaria,  
sólo un vago y dulcísimo gemido  
como el ruego postrer de una plegaria.  
Cual el perfume de la flor, abierta

65

a los besos del céfiro que gira,  
el alma se desprende, flota incierta,  
y con las ondas de la luz espira.  
El cuerpo desfallece; la mirada,  
como el ave en la mar, sin rumbo vuela,

70

sigue la nube errante, y fatigada  
la paz profunda de la noche anhela.  
Aspiráis de ese cuadro misterioso  
una dulce ideal melancolía;  
el corazón, latiendo silencioso,

75



parece que desmaya con el día.  
Sentís volar a la memoria errantes  
recuerdos de un dolor que no se nombra,  
fantasmas y quimeras vacilantes  
que corren a ocultarse entre la sombra.

80

Veis surgir, con el alma estremecida,  
los seres que en el mundo habéis amado,  
su sonrisa, su voz, su voz querida,  
como un largo sollozo del pasado.  
Llega la hora sublime.... aquel instante

85

en que la luz entre la sombra oscila,  
en que el mundo desmaya suspirante  
y el alma vuela a su Creador tranquila.  
¡A ese instante de unción, no hay quien resista!  
Eleva al ignorante, eleva al sabio

90

estático quedáis, fija la vista,  
con el nombre de Dios sellado el labio...

III

Esperáis un momento... Ya la sombra  
sobre llano sin luz rápida avanza,  
y se agrupan y ruedan en su alfombra

95

las nubes de la noche, en lontananza.  
Entonce el trueno, retumbando lejos,  
hiere las brisas que en silencio vagan;  
y súbitos y pálidos reflejos



plomizos velos descubrir amagan.

100

Esperáis un momento... ¡Centellea  
la tempestad que se alza a vuestro paso!  
¡El ala del relámpago chispea  
sobre el tétrico fondo del ocaso!  
Y rodando mil nubes agrupadas,

105

empujan otras y otras de soslayo,  
rasgan su seno, y túrbidas y airadas  
vivaz arrojan a la tierra el rayo.  
Los relámpagos, vibrantes,  
difundidos en ráfagas violentas,

110

parecen las miradas centelleantes  
del Genio colosal de las tormentas.  
Sentís hervir la sangre, y os parece  
que, rota vuestra vida, endeble palma,  
en las alas del viento se estremece

115

libre y audaz y en plenitud vuestra alma.  
¡Oh, qué placer!... El pecho, palpitante,  
entreabre vuestra boca... ¿dais un grito?  
¡Lo prolongan los ecos al instante!  
¡Lo contesta tronando el infinito!

120

Imágenes soberbias, atrevidas,  
el alma llenan de visiones grandes:



¡Se sueña, tras las nubes encendidas,  
el Dios del Sinaí sobre los Andes!  
O, rasgando los velos del santuario,

125  
se descubre de súbito a la mente,  
la fecunda tragedia del Calvario,  
eterna lumbre del remoto Oriente.  
Y envuelto en una atmósfera sin nombre,  
se quiebra el trueno en vuestra frente erguida...

130  
Así concibo en mi delirio al hombre,  
¡figura colosal!... ¡rey de la vida!  
¡Dadme la Pampa así! ¡Súbito el rayo  
centelleé en mi frente y zumbe luego!  
¡La tempestad no es sueño, no es desmayo

135  
es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!  
1872.

Pensamiento

Bañarse en la gota de rocío  
que halló en las flores vacilante cuna,  
en las noches de estío  
desciende el rayo de la blanca luna.  
Así, en las horas de celeste calma

5  
Y dulce desvarío,  
hay en mi alma una gota de tu alma  
donde se baña el pensamiento mío.  
Semejanzas





Brisa que en medio de la selva canta,  
apacible rumor del oleaje,  
es el susurro de su blanco traje  
al deslizarse su ligera planta.  
Luz de la estrella que al caer la tarde

5  
de moribunda palidez se viste,  
es el reflejo cariñoso y triste  
que en los cristales de sus ojos arde.  
Luna del seno de la mar naciente,  
que va escalando, en silencioso vuelo,

10  
y con tranquila majestad, el cielo,  
es el relieve de su tersa frente.  
Plácido arrullo, que ocultar no sabe  
de la paloma la ignorada pena,  
y en el silencio de los bosques suena,

15  
es la armonía de su voz suave.  
Cielo sin nubes que a la tierra envía  
la luz y el fuego de su sol fecundo,  
cielo sin nubes de un azul profundo,  
es el cariño de la amada mía.

20  
El seíbo  
Yo tengo mis recuerdos asidos a tus hojas,  
yo te aino como se ama la sombra del hogar,  
risueño compañero del alba de mi vida,



seíbo esplendoroso del regio Paraná.  
Las horas del estío pasadas a tu sombra,

5  
pendiente de tus brazos mi hamaca guaraní,  
eternas vibraciones dejaron en mi pecho,  
tesoro de armonías que llevo al porvenir.  
Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,  
tostada por el rayo del sol meridional,

10  
brumosa con la niebla de luz del pensamiento,  
buscó bajo tu copa frescura y soledad.  
Allí, bajo las ramas nerviosas y apartadas,  
teniendo por doseles tus flores de carmín,  
también su hogar aéreo suspenden los boyeros,

15  
columpio predilecto del céfiro feliz.  
Se arrojan en tus brazos, pidiéndoles apoyo,  
mil suertes de lanas de múltiple color;  
y abriendo victorioso tus flores carmesíes,  
guirnalda de las islas, coronas su mansión.

20  
Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas  
que en torno repetían las glorias de tu sien,  
y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,  
lanzaba cual un manto de espumas a tu pie.  
Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,

25  
cargadas de perfumes, de cantos y de amor,



en que los vagos sueños que duermen en el alma  
despiertan en las notas de blanda vibración.  
Entonces los rumores que viven en tus hojas,  
confunden con las olas su música fugaz,

30

y se oyen de las aves los vuelos y los roces,  
vagando entre las cintas del verde total.  
¡Momentos deliciosos de olvido, de esperanza!  
¡Destellos que iluminan la hermosa juventud!  
¡Aquí es donde se sueña la virgen prometida

35

y es lumbre de sus ojos la ráfaga de luz!  
Amigo de la infancia, te pido de rodillas  
que el día en que a mi amada la sirvas de dosel,  
me des una flor tuya, la flor mejor abierta,  
para ceñir con ella la nieve de su sien.

40

¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,  
seíbo de mis islas, señor del Paraná!  
¡Que pueda con mis versos dejar contigo el alma  
viviendo de tu vida, gozando de tu paz!  
¡Ah! ¡Cuando nada reste de tu cantor y seas

45

su solo monumento, su pompa funeral,  
yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco  
alguna mano amiga mi nombre ha de grabar!  
1875.

Sombra

¿Has podido dudar del alma mía?



¿De mí que nunca de tu amor dudé?  
¡Dudar! ¡Cuando eres mi naciente día,  
mi solo orgullo, mi soñado bien!  
¡Dudar! ¡Sabiendo que en tu ser reposa  
5

cuanta esperanza palpité en mi ser,  
y que mis sueños de color de rosa  
el ala inclinan a besar tu sien!  
Por eso, lleno de profundo anhelo,  
me oyó la tarde, divagando ayer,

10  
decir al valle, preguntar al cielo:  
¿Por qué ha dudado de mi amor, por qué?  
La luz rosada de la tarde bella,  
huyó a mis pasos para no volver;  
y la naciente, luminosa estrella,

15  
veló sus rayos para huir también.  
Y mudo, triste, solitario, errante,  
el alma enferma, por primera vez,  
hundí en la sombra, y se apagó un instante  
la luz celeste de mi antigua fe.

20  
Perdido en medio de la noche en calma,  
brumoso el río que nos vio nacer,  
de alzar el vuelo a la región del alma  
sentí la viva, la profunda sed.  
¡Fugaz deseo! Tu inmortal cariño

25



ardió en la noche, y en su llama cruel  
la mariposa de mi amor de niño  
quemó sus alas y cayó a tus pies.

A una poetisa lusitana  
Pues las pides, en tu busca  
van mis flores ignoradas,  
con su modesto perfume  
y risueñas esperanzas.  
No temas, no, que en sus hojas

5

tu labio encuentre al besarlas,  
ni punzadoras espinas,  
ni amarga ofrenda de lágrimas.  
No temas, porque han crecido  
bajo el amparo del alba,

10

a la margen de mis ríos,  
mirando cielos de nácar.  
En sus diversos colores  
y en su pureza sin mancha,  
llevan débiles reflejos

15

de los astros de mi patria.  
Son humildes, pero tienen  
infantiles arrogancias,  
cierto orgullo de ser hijas  
predilectas de la Pampa

20

y celosas mensajeras



de mi tierra americana.  
Si los vientos de la Europa,  
desdeñosos, sesga el ala,  
no acarician nunca el seno

25

de mis pobres expatriadas,  
guárdalas en tu santuario,  
tierna virgen lusitana,  
guárdalas para corona  
de tus sienes inspiradas,

30

donde, lejos de mi tierra,  
vivan cerca de tu alma.  
Si en las tardes del Mondego,  
o del Duero en las mañanas,  
estremece tu alma virgen

35

tierna música de cañas,  
y del nido de tus labios  
vuela en versos tu plegaria,  
acuérdate del que un día,  
en las márgenes del Plata,

40

enseñó tu dulce nombre  
a las cuerdas de su arpa.  
1875.

Hojas

¿Ves aquel sauce, bien mío,  
que, en doliente languidez,



se inclina al cauce sombrío,  
enamorado tal vez  
de las espumas del río?

5

¿Oyes el roce constante  
de su ramaje sediento,  
y aquel suspiro incesante  
que de su copa oscilante  
arranca tímido el viento?

10

Mañana, cuando sus rojas  
auroras pierda el estío,  
lo verás, húmedo y frío,  
ir arrojando sus hojas  
sobre la espuma del río;

15

¡Y que ella, en rizos livianos  
llevando la hoja caída,  
las selvas cruza y los llanos...  
para dejarla sin vida  
en los recodos lejanos!

20

¡Ah! ¡cuán ingrata serías,  
y cuán hondo mi dolor,  
si estas hojas, que son mías,  
abandonara, ya frías,  
como la espuma, tu amor!

25



Un cuento de las olas  
A Celmira Jurado  
¿Quién no ha visto en las orillas  
del hermoso Paraná,  
esa banda, siempre verde,  
siempre móvil del juncal?  
En las horas de la siesta,

5  
cuando todo duerme en paz,  
en las cuerdas de esa lira  
van las olas a cantar.  
Almas buenas y sencillas,  
venid todas, y escuchad

10  
lo que dicen esas olas  
en el arpa del juncal.  
Cuando el delta en muda calma  
bajo el sol de Enero está,  
y el silencio es más sensible

15  
porque arrulla la torcaz,  
Ellas cuentan una historia  
que repiten sin cesar,  
una historia en que hay un nido  
y un cantor del Paraná.

20  
Sucedió que en varios juncos  
reunidos en un haz,  
con totoras y hojas secas





hizo nido un cardenal.  
¡Con qué orgullo miró el ave,

25

bajo el sol primaveral,  
sobre el agua movediza  
columpiándose, su hogar!  
Una rama de un seíbo,  
inclinada hacia el raudal,

30

le dio sombras, flores rojas...  
cuanto un árbol puede dar.  
Y extendiendo hasta aquel nido  
largo vástago un rosal,  
fue en sus bordes, la mejilla

35

de una rosa a reclinar.  
¡Qué contenta estaba el ave!  
¡Qué prodigio musical  
era entonces su garganta!  
¡Qué inquietudes y qué afán!...

40

Pasó el tiempo. En el estío  
los polluelos no son ya  
tan pequeños, y hasta suelen  
breves trinos ensayar.  
Pero el río fue creciendo,

45

fue creciendo más y más,



y hubo un día en que una ola  
saltó al seno del hogar.  
¡Qué aleteos bulliciosos  
les produjo el golpe audaz!...

50  
siempre ha sido de la infancia  
festejar la tempestad.  
Recio viento de los llanos  
una tarde hirió la faz,  
con el choque de sus alas,  
55  
del soberbio Paraná;  
Y las olas, irritadas,  
empinándose a luchar,  
en espuma convirtieron  
su serena majestad.

60  
¡Cómo duermen los pequeños  
mientras brama el huracán  
y las ondas los salpican  
con su polvo de cristal!  
Se vio el nido estremecerse,

65  
y a su empuje, vacilar,  
mas sus crestas no alcanzaron  
a la altura del juncal.  
Pues si el río fue creciendo  
cada día más y más,

70



él también fue levantando  
sus varillas a la par.  
Almas buenas y sencillas  
que en la tierra hacéis hogar,  
elegidlo con la ciencia

75  
del pintado cardenal.  
1882.

#### Visión

Se sueña, se presiente, se adivina,  
estremécese el labio y no la nombra;  
el alba la ve huir de la colina  
velada entre los pliegues de la sombra.  
Espira el melancólico perfume

5  
de la rosa en un féretro olvidada;  
se deshace en incienso, se consume  
a la rápida luz de una mirada.  
Hermana de la tarde, pensativa  
en el fondo del valle resplandece;

10  
un instante deslumbra, y fugitiva  
en el pálido azul se desvanece.  
1871.

#### Primavera

Comenzaba a reír la primavera  
cuando, por vez primera,  
casi niños los dos nos conocimos;  
y llegaron las horas venturosas  
que, abiertas con las rosas,



5  
crecieron a la par con los racimos.  
Radiaba de su cándida belleza  
aquel fulgor que empieza  
a derramar el sol en la alborada,  
que, al sonrosar la juventud naciente,

10  
es rubor en la frente  
y rayo de pasión en la mirada.  
Yo la dije mi amor el primer día,  
(Que entonces no sabía  
ahogar el corazón dentro del pecho),

15  
vagando por las sendas arboladas  
y frescas enramadas  
donde se eleva su paterno techo.  
Ella oyó mis palabras indecisa,  
mas su dulce sonrisa

15  
trocó de pronto en gravedad severa;  
y tomando un camino sombreado,  
se alejó de mi lado  
desdeñosa, es verdad, pero hechicera.  
¡Oh, qué interno y cruel remordimiento

20  
nubló mi pensamiento!  
juré, inocente, mi futura enmienda;  
y, hundido de mi culpa en el abismo,



huyendo de mí mismo,  
tomé del bosque por contraria senda.

25

¡Desengaños de amor! ¡de las pasiones  
amargas decepciones!  
¡Cómo desmaya el corazón herido!  
¡Cómo en torno parece que se siente  
un sollozo doliente

30

que se estrella perenne en el oído!  
"¡Ah! ¿por qué fui con ella tan osado?  
Decía despechado.  
¿Por qué no supe respetar la calma  
de su inocente juventud dormida,

35

y al lago de esa vida  
como una piedra desplomé mi alma?"  
Y vagaba, vagaba a la ventura,  
como en la selva oscura  
ave extranjera demandando abrigo,

40

cuando al doblar la senda tortuosa,  
¡casualidad dichosa!  
Yo me encontré con ella, ella conmigo.  
Sentí vergüenza, irritación, desprecio  
de mi arrebató necio;

45

y si postrado no caí de hinojos



y hasta sus plantas no llegué sumiso,  
fue porque ella no quiso  
llamarme, cual solía, con los ojos.  
No: sin mirarme atravesó el camino;

50

y de un rosal vecino,  
una flor escogió, fresca y lozana,  
una rosa encendida, que no era  
sólo copia hechicera,  
sino también de su mejilla hermana.

55

Pero cuando, al ponerla en su cabello,  
su rosado destello  
se derramó sobre su sien de armiño,  
¡ciego, loco tal vez, aunque no absuelto,  
me adelanté, resuelto

60

a ofenderla otra vez con mi cariño!  
Al sentirme llegar, alzó la frente,  
y casi indiferente,  
como el que al bien una venganza inmola,  
me dijo, el bello rostro sonreído:

65

-"Creerás?... No te he sentido.  
¿Por qué te apartas y me dejas sola?"  
No supe contestarla. Aquel acento...  
mi corazón, sediento  
de las visiones que creó soñando...



70

el reciente dolor... la ofensa impía...  
¡Ay! ¡Toda el alma mía  
estalló en su presencia sollozando!  
Y ella también, su juvenil cabeza,  
más bella en su tristeza,

75

sobre mi pecho abandonó, llorosa;  
y en aquel arrebató delirante,  
quedó por un instante  
bajo mis labios la encendida rosa.  
-"Tómala, es toda tuya", me decía

80

cuando en suave alegría  
nuestro primer dolor se hubo trocado;  
y desde entonces, dichas me parecen  
en ojos que florecen  
no bien con dulce llanto se han regado.

85

Ofrenda

¡Ah! Yo que en torno de tu sien he visto  
perennemente suspendida el alba,  
y encenderse en el cielo de tus ojos  
como una estrella el esplendor de tu alma,  
he querido mi ofrenda de poeta

5

consagrar a tu imagen solitaria,  
azucena de luz, donde mi espíritu  
posó temblando sus ligeras alas.



La sombra del sauzal  
Brinda albergue sin igual,  
en las siestas del estío,  
a las márgenes del río  
melancólico sauzal.  
Todo tiene allí la unción

5  
de lo eterno y lo distante,  
y hay un aura refrescante  
que acaricia el corazón.  
De las ramas, enarcadas  
bajo el peso de los nidos,

10  
vuelan trémulos gemidos  
y penumbras sonrosadas.  
Sin el ¡ay! De las congojas,  
sin lo amargo de la pena,  
habla el eco que allí suena

15  
el lenguaje de las hojas.  
¡El lenguaje cuya inquieta  
voz vibrante y sin aliño,  
dialogaba desde niño  
con mis sueños de poeta!

20  
Sed de amor y de reposo  
el espíritu allí siente,  
difundido en el ambiente  
como un hálito glorioso.





No han soñado el ideal

25

ni su encanto conocieron,  
los que nunca se adurmieron  
a la sombra del sauzal.  
Blanca virgen, que no esquivo  
las caricias de su dueño,

30

al conjuro de un ensueño  
se adelanta pensativa.  
Aura errante, placentera  
mueve la onda luminosa  
de su rubia., de su hermosa

35

desbordada cabellera.  
En la sombra se adivina  
el destello que la inunda,  
y espumosa la circunda  
la flotante muselina.

40

Suele a veces levantar  
a los cielos la mirada,  
como tórtola agitada  
por el ansia de volar.  
Y las ramas, que la ven

45

palpitante, de la altura  
caen en arcos de verdura



sobre el arco de su sien.  
Y rendidas a su imperio,  
bulliciosas la consultan,

50  
y la elevan, y la ocultan  
en el seno del misterio...  
¡Ah! ¡Su imagen celestial  
es un sueño del estío:  
luz y niebla de algún río,

55  
divagando en el sauzal!  
1877.  
Basta y sobra  
¿Tú piensas que te quiero por hermosa,  
por tu dulce mirar,  
por tus mejillas de color de rosa?  
Sí, por eso y por buena, nada más.  
¿Que entregada a la música y las flores,

5  
no aprendes a danzar?  
Pues me alegra, me alegra que lo ignores  
yo te quiero por buena, nada más.  
¿Que tu ignorancia raya en lo sublime,  
de Atila y Genjis-Khan?

10  
¡Qué muchacha tan ciega!... Pero, dime:  
¿Si lo supieras, te querría más?  
Bien se están con su ciencia los doctores  
la tuya es el hogar;



los niños y la música y las flores,  
15  
bastan y sobran para amarte más.  
A una niña en su álbum  
¿Versos? ¡y tienes dieciséis años!  
Mira, los versos mejores son  
no tener penas ni desengaños,  
vivir esclava de una ilusión.  
Cantos alados, rimas inquietas,

5  
desde tu seno vienen a mí:  
más que en la lira de los poetas,  
hay armonías dentro de ti.  
Deja que vuele tu fantasía,  
pon en sus alas todo tu ser,

10  
que allí se encuentra la poesía  
donde va el alma de una mujer.  
Nunca las bellas formas ligeras  
que los poetas hacen vivir,  
vierten la lumbre de esas quimeras

15  
que hay en el fondo del porvenir.  
Duérmete, y sueña. Mientras reposas,  
verás cual vuelan en derredor,  
como un enjambre de mariposas,  
tus ilusiones de flor en flor.

20  
Hay en la vida sólo una hora



de inexplicable santa embriaguez,  
y es cuando el alma como una aurora  
rompe las sombras de la niñez.  
Se aclaran, brillan los horizontes

25

sienten las selvas vaga inquietud  
florece el día sobre los montes;  
¡Ama y palpita la juventud!  
¡Santos delirios! De esos engaños  
huye vencida la inspiración:

30

cuando se tienen tan pocos años,  
no hay mejor lira que el corazón.  
1879.

El nido de boyeros

A Mercedes Obligado

Yo conozco en las islas un arroyo  
eternamente límpido y sereno,  
que parece, tendido entre los sauces,  
larga cinta de acero.

Sonríen al pasar todas sus aguas

5

del camalote azul bajo el reflejo,  
y del rosal silvestre se iluminan  
al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña  
de trece años lo más, quizá de menos,

10

muy dada a pasear por el arroyo



tranquilo de mi cuento.

Se la ve en la canoa, (una canoa  
pequeña y blanca, con filetes negros),  
reclinada en la popa, y con la pala

15

que la sirve de remo.

Unas veces, bogando lentamente  
por la margen, la lleva su deseo  
a elegir una flor, y va regando  
las aguas con sus pétalos.

20

Otras, impulsa con vigor la pala,  
quedan detrás girando mil hoyuelos,  
y al aire se desatan en manojos  
sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas

25

sus gritos y sus risas, que los ecos  
con musical cadencia desparraman  
vibrantes a lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,  
sobre la falda atravesado el remo;

30

y tal, semeja un cisne que dispone  
las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,  
fingiéndose enojada, con el dedo;  
del recodo inmediato, vuelve el rostro



35

y me grita: "¡hasta luego!"

Pero ayer sucedió que mientras iba  
buscando sombras para el sol de Enero,  
vio colgado a un laurel, sobre las aguas,  
un nido de boyeros.

40

Era hermoso, en verdad: resplandecían  
las fibras del cardón en largo cesto,  
y al rumor del laurel se columpiaba  
con la igualdad de un péndulo.  
La niña, puesta en pie sobre la popa,

45

tendió los brazos a bajarlo en ellos,  
pero desviole el nido una imprevista  
trepidación del viento.  
Ya las mangas caídas, los desnudos  
mórbidos brazos levantó de nuevo,

50

y, balanceada entonces la canoa,  
la derribó en su asiento.  
Irguióse al punto, en actitud airada,  
golpeola fuerte el corazón el pecho,  
y alzó la pala a derribar el nido,

55

con implacable ceño.  
Sobre la copa del laurel, un ave  
negra y brillante, reposó su vuelo;  
y por todas las islas resonaron



los cantos del boyero.

60

Llevó la joven al cantor los ojos,  
bajó la pala y escuchó en silencio...  
¡Qué intensas van las amorosas notas  
de las niñas al seno!  
Oyó después, cuando callada el ave,

65

embebecida se quedó un momento,  
salir del nido un delicioso y blando  
susurro de polluelos.  
-"¡Ah, no duermen!" se dijo, y con la pala  
ingenuamente se entregó a mecerlos...

70

Pero viome de pronto, y encendida  
abandonó su empeño.  
Sucede desde ayer que mi vecina,  
al volver lentamente de regreso,  
no me quiere mirar, ni me amenaza

75

como antes, con el dedo.  
Es inútil negarme tus miradas,  
valiente remadora de ojos negros.  
No dormirás ya en paz, porque conoces  
el nido de boyeros.

80

Acuarela  
Es la mañana: nardos y rosas



mueve la brisa primaveral,  
y en los jardines las mariposas  
vuelan y pasan, vienen y van.  
Una niñita madrugadora

5

va a juntar flores para mamá,  
y es tan hermosa que hasta la aurora  
vierte sobre ella más claridad.  
Tras cada mata de clavelina,  
de pensamientos y de arrayán,

10

gira su traje de muselina,  
su sombrerito, su delantal.  
Llena sus manos de lindas flores,  
y cuando en ellas no caben más,  
con su tesoro de mil colores

15

vuelve a los brazos de su mamá.  
Mientras se aleja, como dos rosas  
sus dos mejillas se ven brillar,  
y la persiguen las mariposas  
que en los jardines vienen y van.

20

Al partir  
¿Es verdad que te ausentas de la patria  
donde a la aurora, por primera vez,  
el sol de Mayo te envolvió en su lumbre  
y allá en la cuna te besó la sien?  
¿Es verdad que te apartas de ese nido





5

en cuyos bordes, aleteando ayer,  
ensayaba su vuelo sobre el mundo  
la bulliciosa y virginal niñez?  
¡Ah! ¡Si vas a partir, no habrás podido  
mirar el cielo sin llorar después!

10

¡Esas nubes que pasan, nadie sabe  
si cuando vuelvas volverán también!...  
De la tierra extranjera el horizonte,  
¡Cuán triste, opaco y silencioso es!  
¡Y cuán lleno de luces y armonías,

15

el alto cielo que nos vio nacer!  
¡Ah! Cuando sientas que te oprime el alma,  
con férrea mano, la ansiedad cruel,  
¡tórtola! ¡vuelve las ligeras alas,  
y al dulce nido de tu infancia ven!

20

1877.

Santos Vega

Tradiciones argentinas

Santos Vega el payador,  
aquel de la larga fama,  
murió cantando su amor  
como el pájaro en la rama.  
Cantar Popular.

I

El alma del payador



Cuando la tarde se inclina  
sollozando al occidente,  
corre una sombra doliente  
Sobre la pampa argentina,  
y cuando el sol ilumina

5  
con luz brillante y serena  
del ancho campo la escena,  
la melancólica sombra  
huye besando su alfombra  
con el afán de la pena.

10  
Cuentan los criollos del suelo  
que, en tibia noche de luna,  
en solitaria laguna  
para la sombra su vuelo;  
que allí se ensancha, y un velo

15  
va sobre el agua formando,  
mientras se goza escuchando  
por singular beneficio,  
el incesante bullicio  
que hacen las olas rodando.

20  
Dicen que, en noche nublada,  
si su guitarra algún mozo  
en el crucero del pozo  
deja de intento colgada,  
llega la sombra callada



25

y, al envolverla en su manto,  
suena el preludio de un canto  
entre las cuerdas dormidas,  
cuerdas que vibran heridas  
como por gotas de llanto.

30

Cuentan que, en noche de aquellas  
en que la Pampa se abisma  
en la extensión de sí misma  
sin su corona de estrellas,  
sobre las lomas más bellas,

35

donde hay más trébol risueño,  
luce una antorcha sin dueño  
entre una niebla indecisa,  
para que temple la brisa  
las blandas alas del sueño.

40

Mas, si trocado el desmayo  
en tempestad de su seno,  
estalla el cóncavo trueno,  
que es la palabra del rayo,  
hiede al ombú de soslayo

45

rojiza sierpe de llamas,  
que, calcinando sus ramas,  
serpea, corre y asciende,



y en la alta copa desprende  
brillante lluvia de escamas.

50

Cuando, en las siestas de estío,  
las brillazones remedan  
vastos oleajes que ruedan  
sobre fantástico río;  
mudo, abismado y sombrío,

55

baja un jinete la falda  
tinta de bella esmeralda,  
llega a las márgenes solas...  
¡y hunde su potro en las olas,  
con la guitarra a la espalda!

60

Si entonces cruza a lo lejos,  
galopando sobre el llano  
solitario, algún paisano,  
viendo al otro en los reflejos  
de aquel abismo de espejos,

65

siente indecibles quebrantos,  
y, alzando en vez de sus cantos  
una oración de ternura,  
al persignarse murmura:  
"¡El alma del viejo Santos!"

70



Yo, que en la tierra he nacido  
donde ese genio ha cantado,  
y el pampero he respirado  
que el payador ha nutrido,  
beso este suelo querido

75

que a mis caricias se entrega,  
mientras de orgullo me anega  
la convicción de que es mía  
la patria de Echeverría,  
¡la tierra de Santos Vega!

80

II

La prenda del payador  
El sol se oculta: inflamado  
el horizonte fulgura,  
y se extiende en la llanura  
ligero estambre dorado.  
Sopla el viento sosegado,

85

y del inmenso circuito  
no llega al alma otro grito  
ni al corazón otro arrullo,  
que un monótono murmullo,  
que es la voz de lo infinito.

90

Santos Vega cruza el llano,  
alta el ala del sombrero,  
levantada del pampero



al impulso soberano.  
Viste poncho americano,

95

suelto en ondas de su cuello,  
y chispeando en su cabello  
y en el bronce de su frente,  
lo cincela el sol poniente  
con el último destello.

100

¿Dónde va? Vese distante  
de un ombú la copa erguida,  
como espiando la partida  
de la luz agonizante.  
Bajo la sombra gigante

105

de aquel árbol bienhechor,  
su techo, que es un primor  
de reluciente totora,  
alza el rancho donde mora  
la prenda del payador.

110

Ella, en el tronco sentada,  
meditabunda lo espera,  
y en su negra cabellera  
Hunde la mano rosada.  
Le ve venir: su mirada,

115

más que la tarde, serena,



se cierra entonces sin pena,  
porque es todo su embeleso  
que él la despierte de un beso  
dado en su frente morena.

120

No bien llega, el labio amado  
toca la frente querida,  
y vuela un soplo de vida  
por el ramaje callado...  
Un ¡ay! Apenas lanzado,

125

como susurro de palma  
gira en la atmósfera en calma;  
y ella, fingiéndole enojos,  
alza a su dueño unos ojos  
que son dos besos del alma.

130

Cerró la noche. Un momento  
quedó la Pampa en reposo,  
cuando un rasgueo armonioso  
pobló de notas el viento.  
Luego, en el dulce instrumento

135

vibró una endecha de amor,  
y, en el hombro del cantor,  
llena de amante tristeza,  
ella dobló la cabeza  
para escucharlo mejor.



140

"Yo soy la nube lejana  
(Vega en su canto decía),  
que con la noche sombría  
huye al venir la mañana;  
soy la luz que en tu ventana

145

filtra en manojos la luna;  
la que de niña, en la cuna,  
abrió tus ojos risueños;  
la que dibuja tus sueños  
en la desierta laguna".

150

"Yo soy la música vaga  
que en los confines se escucha,  
esa armonía que lucha  
con el silencio, y se apaga;  
el aire tibio que halaga

155

con su incesante volar,  
que del ombú, vacilar  
hace la copa bizarra;  
¡y la doliente guitarra  
que suele hacerte llorar!..."

160

Leve rumor de un gemido,  
de una caricia llorosa,  
hendió la sombra medrosa  
crujió en el árbol dormido.





Después, el ronco estallido

165

de rotas cuerdas se oyó  
un remolino pasó  
batiendo el rancho cercano;  
y en el circuito del llano  
todo en silencio quedó.

170

Luego, inflamando el vacío,  
se levantó la alborada,  
con esa blanca mirada,  
que hace chispear el rocío  
y cuando el sol en el río

175

vertió su lumbre primera,  
se vio una sombra ligera  
en occidente ocultarse,  
y el alto ombú balancearse  
sobre una antigua tapera

180

III

La muerte del payador  
Bajo el ombú corpulento,  
de las tórtolas amado,  
porque su nido han labrado  
allí al amparo del viento;  
en el amplísimo asiento

185

que la raíz desparrama,



donde en las siestas la llama  
de nuestro sol no se allega,  
dormido está Santos Vega,  
Aquel de la larga fama.

190

En los ramajes vecinos  
ha colgado, silenciosa,  
la guitarra melodiosa  
de los cantos argentinos.  
Al pasar los campesinos

195

ante Vega se detienen;  
en silencio se convienen  
a guardarle allí dormido;  
y hacen señas no hagan ruido  
los que están a los que vienen.

200

El más viejo se adelanta  
del grupo inmóvil, y llega  
a palpar a Santos Vega,  
moviendo apenas la planta.  
Una morocha que encanta

205

por su aire suelto y travieso,  
causa eléctrico embeleso  
porque, gentil y bizarra,  
se aproxima a la guitarra  
y en las cuerdas pone un beso.



210

Turba entonces el sagrado  
silencio que a Vega cerca,  
un jinete que se acerca  
a la carrera lanzado;  
retumba el desierto hollado

215

por el casco volador;  
y aunque el grupo, en su estupor,  
contenerlo pretendía,  
llega, salta, lo desvía,  
y sacude al payador.

220

Recién el rostro sombrío  
de aquel hombre mudos vieron,  
y, observándole, sintieron  
temblar las carnes de frío.  
Miró en torno con bravío

225

y desenvuelto ademán,  
y dijo: -"Entre los que están  
no tengo ningún amigo,  
pero, al fin, para testigo  
lo mismo es Pedro que Juan".

230

Alzó Vega la alta frente,  
y le contempló un instante,  
enseñando en el semblante  
cierto hastío indiferente.  
-"Por fin, dijo fríamente



235

el recién llegado, estamos  
juntos los dos, y encontramos  
la ocasión, que éstos provocan,  
de saber cómo se chocan  
las canciones que cantamos".

240

Así diciendo, enseñó  
una guitarra en sus manos,  
y en los raigones cercanos  
preludiando se sentó.  
Vega entonces sonrió,

245

y al volverse al instrumento,  
la morocha hasta su asiento  
ya su guitarra traía,  
con un gesto que decía:  
"La he besado hace un momento".

250

Juan Sin Ropa (se llamaba  
Juan Sin Ropa el forastero)  
comenzó por un ligero  
dulce acorde que encantaba.  
Y con voz que modulaba

255

blandamente los sonidos,  
cantó tristes nunca oídos,  
cantó cielos no escuchados,  
que llevaban, derramados,



la embriaguez a los sentidos.

260

Santos Vega oyó suspenso  
al cantor; y toda inquieta,  
sintió su alma de poeta  
como un aleteo inmenso.  
Luego, en un prelude intenso,

265

hirió las cuerdas sonoras,  
y cantó de las auroras  
y las tardes pampeanas,  
endechas americanas  
más dulces que aquellas horas.

270

Al dar Vega fin al canto,  
ya una triste noche oscura  
desplegaba en la llanura  
las tinieblas de su manto.  
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,

275

bajo el árbol se empinó,  
un verde gajo tocó,  
y tembló la muchedumbre,  
porque, echando roja lumbre,  
aquel gajo se inflamó.

280

Chispearon sus miradas,  
y torciendo el talle esbelto,



fue a sentarse, medio envuelto  
por las rojas llamaradas.  
¡Oh, qué voces levantadas

285  
las que entonces se escucharon!  
¡Cuántos ecos despertaron  
en la Pampa misteriosa,  
a esa música grandiosa  
que los vientos se llevaron!

290  
Era aquella esa canción  
que en el alma sólo vibra,  
modulada en cada fibra  
secreta del corazón;  
el orgullo, la ambición,

295  
los más íntimos anhelos,  
los desmayos y los vuelos  
del espíritu genial,  
que va, en pos del ideal,  
como el cóndor a los cielos.

330  
Era el grito poderoso  
del progreso, dado al viento;  
el solemne llamamiento  
al combate más glorioso.  
Era, en medio del reposo

305



de la Pampa ayer dormida,  
la visión ennoblecida  
del trabajo, antes no honrado;  
la promesa del arado  
que abre cauces a la vida.

310

Como en mágico espejismo,  
al compás de ese concierto,  
mil ciudades el desierto  
levantaba de sí mismo.  
Y a la par que en el abismo

315

una edad se desmorona,  
al conjuro, en la ancha zona  
derramábase la Europa,  
que sin duda Juan Sin Ropa  
era la ciencia en persona.

320

Oyó Vega embebecido  
aquel himno prodigioso,  
e, inclinando el rostro hermoso,  
dijo: -"Sé que me has vencido".  
El semblante humedecido

325

por nobles gotas de llanto,  
volvió a la joven, su encanto,  
y en los ojos de su amada  
clavó una larga mirada,  
y entonó su postrer canto:



330

-"Adiós, luz del alma mía,  
adiós, flor de mis llanuras,  
manantial de las dulzuras  
que mi espíritu bebía;  
adiós, mi única alegría,

335

dulce afán de mi existir  
Santos Vega se va a hundir  
en lo inmenso de esos llanos...  
¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,  
el momento de morir".

340

Aun sus lágrimas cayeron  
en la guitarra, copiosas,  
y las cuerdas temblorosas  
a cada gota gimieron  
pero súbito cundieron

345

del gajo ardiente las llamas,  
y trocado entre las ramas  
en serpiente, Juan Sin Ropa,  
arrojó de la alta copa  
brillante lluvia de escamas.

350

Ni aún cenizas en el suelo  
de Santos Vega quedaron,  
y los años dispersaron





los testigos de aquel duelo;  
pero un viejo y noble abuelo,

355

así el cuento terminó:  
-"Y si cantando murió  
aquel que vivió cantando,  
fue, decía suspirando,  
porque el diablo lo venció"

360

El canto de las olas  
Deviller  
Hijas volubles de la mar, tenemos  
caprichos y caricias de mujer:  
hijas volubles de la mar, sentimos  
sus cóleras arder.  
Cual las jóvenes madres en su seno,

5

de vida henchido y amorosa fe,  
mecen, gimiendo de ternura, al niño  
que acaba de nacer;  
Así, con suave ondulación, mecemos  
en nuestros brazos al gentil bajel,

10

mientras lo impulsa a la remota playa  
nuestro eterno vaivén.  
Pero a veces, en cólera encendidas,  
cómplices ¡ah! Del huracán soez,  
como juguetes frágiles, hacemos



15

los mástiles caer.

Y allá, en la airada tempestad, abrimos  
negras tumbas del náufrago a los pies,  
que alza sus brazos a los dioses... ¡y ellos  
no lo escuchan ni ven!

20

Viejas ya sobre el mundo, y siempre jóvenes,  
guardianes del abismo, hoy como ayer,  
mudo vela el secreto de sus antros  
nuestro silencio fiel.  
Sirenas encantadas, atraemos

25

a los que tienen, en su extraña sed,  
esta mar voluptuosa por querida  
y el cielo por dosel.  
Y siempre, siempre en los futuros siglos,  
cuando la tierra muera de vejez,

30

nuestros cantos de amor oirá la tarde,  
¡y de muerte también!  
¡Hijas volubles de la mar, tenemos  
caprichos y caricias de mujer:  
hijas volubles de la mar, sentimos

35

sus cóleras arder!  
Estrofas  
Bien pronto, hermosa, y con risueño orgullo,  
de los quince años en la edad florida,



de tu belleza se abrirá el capullo  
a los cálidos vientos de la vida.  
Y cual banda de azules mariposas

5  
que el aire abate sobre el valle ameno,  
las ilusiones bajarán radiosas  
en ledos enjambres a acariciar tu seno.  
¡Las ilusiones, que en las noches bellas,  
con alas invisibles se adelantan,

10  
y secretos que saben las estrellas  
en los oídos de las niñas cantan!  
Placer y pena sentirás y enojos,  
a los contentos mezclarás dolores;  
se llenarán de lágrimas tus ojos

15  
para regar de tu pasión las flores.  
Feliz te harán las lágrimas lloradas,  
porque en la edad a que triunfante subes,  
son los dolores nubes sonrosadas,  
y las lágrimas, gotas de esas nubes.

20

1874.

Nocturno

¡Oh! Dulce amiga del triste,  
ligera brisa nocturna,  
que vas diciendo a las flores  
lo que otras flores pronuncian  
¡Infatigable viajera



5

que en la sombría espesura  
vuelas, contando a las hojas  
lo que otras hojas susurran!  
¡Errante soplo, que ríos  
y mares rápido cruzas,

10

para confiar a las olas  
lo que otras olas murmuran!  
¡Ah! ¡ven a mí, pues repites  
cuanto en las sombras escuchas,  
ven a decir a mi alma

15

lo que en otra alma se oculta!  
¿Acaso llora en silencio  
lágrimas ¡ay! de ternura,  
y mira inmóvil los astros  
como el ciprés de las tumbas?

20

¿Acaso, puesta de hinojos,  
las manos trémulas juntas,  
está rogando al Dios bueno  
que nos proteja y nos una?  
¡Oh, ¡dulce amiga del triste,

25

ligera brisa nocturna,  
que vas batiendo las alas  
entre la sombra confusa!



Dila que siempre en mi oído  
su voz dulcísima arrulla;

30

que en el cristal de mi alma  
es como un iris la suya;  
¡Y que en la flor entreabierta  
de la esperanza, se juntan,  
como dos gotas de llanto,

35

como dos rayos de luna!  
Sólo tú  
Tú, que enjugas la lágrima vertida,  
por la miseria y la orfandad, y tienes  
para todos los males de la vida  
la desbordante copa de los bienes;  
Tú, que has nacido para hollar triunfante

5

de los salones la mullida alfombra,  
y desdeñando tu victoria, errante  
vas a buscar al huérfano en la sombra:  
Tú, que abates do quiera los dolores,  
que en toda noche viertes un destello,

10

y eres pródiga, en fin, como las flores,  
que dan su aroma sin pensar en ello;  
Tú eres mi amada, la visión celeste  
a quien he dado del amor la ofrenda,  
y cuya blanca y vaporosa veste



15

cruzar he visto por mí misma senda.  
Al poeta americano Numa Pompilio Llona  
Autor de la Odisea del alma  
Aún resuena en el fondo de mi pecho  
ese apóstrofe inmenso de tu alma  
¡Aún chispea mi espíritu, encendido  
en el rayo vivaz de tu palabra!  
Hoy que el fuego del genio me circunda,

5

hoy que azota mi frente con sus llamas,  
¡cómo laten mis sienas! ¡cómo hierve  
tumultuosa mi sangre americana!  
¿Qué volcán, en los Andes inflamado,  
dio a tu pecho el aliento con que abrasas

10

y qué eléctrica nube tempestuosa,  
la tremenda explosión de la borrasca?  
¿En qué selva del trópico lujoso,  
en qué oculta sonora catarata,  
aprendiste la música sublime

15

que en tus versos suspende y embriaga?  
¡Oh, dimelo, poeta!.. Muchas veces,  
en las llanuras de mi hermosa patria,  
he ofrecido a los vuelos del pampero,  
para arrancarle su rugido, el arpa.

20

¡Vano empeño! Jamás la lira mía



exhaló de sus cuerdas agitadas  
ardiente grito, como aquel que rompe  
de la imponente soledad la calma.  
¡Dime, cóndor audaz del pensamiento,

25

en qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan  
esos tintes de espléndida belleza,  
que yo puedo tender allí mis alas!  
Sí; yo siento también, como tú sientes,  
de la suprema inspiración las ansias;

30

¡un incendio en mí mismo, que deslumbra  
como un astro deshecho en llamaradas!  
¡Y, admirando la lira de la Grecia,  
que las piedras y fuentes apartaba,  
he soñado el poeta a cuyo acento

35

se suspenda en silencio el Tequendama!  
¡El Poeta inmortal del Nuevo Mundo,  
que recorra sus sendas ignoradas  
con el alma de América en los labios,  
con el fuego de Dios en la mirada!

40

¡El Homero, cantor de sus victorias,  
que, por cima del humo y la metralla,  
clave audaz en el Sol nuestra bandera;  
en el Sol, que es la cuna de Atahualpa!  
¡Ah! ¡Tal vez eres tú! Quizá en tu lira



45

duermen todos los himnos que levanta  
de su hirviente cristal, el Amazonas;  
de su oleaje turbulento, el Plata;  
Quizá duermen los genios que suspiran  
del argentino Paraná en las playas;

50

los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,  
¡deslumbrante diadema al Aconcagua!  
Quizá gimen los vientos, ¡ay!, los vientos  
cargados con las sombras y las lágrimas  
que las nubes del cielo de la América

55

dejan caer en las dolientes huacas  
¡Y resuena el magnífico concierto  
de tu espléndida tierra ecuatoriana,  
allí donde se yergue el Chimborazo  
y el Sol del Inca a coronarle baja!...

60

¡Salve, cóndor audaz del pensamiento  
dígnate descender hasta mi estancia:  
¡Que yo toque contigo las estrellas,  
aunque ruede después bajo tus alas!

1876

Adolescente

¡Lejos se oculta a mis ojos,  
lejos se oculta mi vida,  
copo de espuma llevado  
por las corrientes dormidas!  
Su blanca imagen las horas





5

de mi pasado ilumina,  
vagando lejos, vagando  
por las barrancas floridas.  
Allí el rumor de sus pasos  
en las quebradas palpita,

10

y de su falda el susurro  
vuela temblando en las brisas.  
¡Allí, como antes, renacen  
y la hondonada tapizan,  
aquellas flores, aquellas

15

de sus desvelos de niña!  
Aún sueño verla inclinada  
en la gredosa colina,  
donde, en las tardes de Octubre,  
iba a juntar margaritas.

20

Las agrupaba en su sello,  
luego a mi encuentro venía,  
de su sombrero de paja  
volando al aire las cintas.  
-"Son para ti, muchas veces

25

burlándose, repetía,  
¿Ves?, las muy rojas son tuyas;  
estas más claras son mías".



Iba a tomarlas, pero ella  
las ocultaba, y decía:

30

- "Sobre mi seno se duermen  
fuera de aquí se marchitan".

Y, vacilando, en la puerta  
de la paterna capilla:

- "Hoy no son nuestras las flores,

35

son de la Virgen María...".

¡Lejos se oculta a mis ojos,  
lejos se oculta mi vida,

copo de espuma llevado  
por las corrientes dormidas!

40

¡Guardan los bosques cercanos  
recuerdos de ella en ruinas

los vicios nidos, los dueños  
de sus primeras caricias!

Sí, pero faltan las aves

45

que, pequeñuelas, solían  
entre sus manos de nieve  
batir las pardas alitas.

Tal vez en árbol lejano  
las baña el sol de la dicha,

50

y no se acuerdan de aquella



que las bañaba en sonrisas.  
Mas, aunque ingratas la olviden,  
está su nombre en mi lira,  
y en su inocente recuerdo

55

mi pensamiento se abisma.  
1877.

La flor del seíbo  
Al poeta Calixto Oyuela  
Quiero realce su gentil figura  
la túnica sencilla y elegante  
con que se adorna y viste la hermosura.

C. Oyuela.

Tú "Flor de la caña",  
o Plácido amigo,  
no tuvo unos ojos  
más negros y lindos,  
que cierta morocha

5

del suelo argentino  
llamada... Su nombre  
jamás lo he sabido;  
mas, tiene unos labios  
de un rojo tan vivo,

10

difúndese de ella  
tal fuego escondido,  
que aquí, en la comarca,  
la dan los vecinos  
por único nombre,



15

la flor del seíbo.

Un día, -una tarde  
serena de estío-,  
pasó por la puerta  
del rancho que habito.

20

Vestía una falda  
ligera de lino;  
cubría el seno,  
velando el corpiño,  
un chal tucumano

25

de mallas tejido;  
y el negro cabello,  
sin moños ni rizos,  
cayendo abundoso,  
brillaba ceñido

30

con una guirnalda  
de flor de seíbo.  
Mirela, y sus ojos  
buscaron los míos...  
Tal vez un secreto

35

los dos nos dijimos,  
porque ella, turbada,  
quizá por descuido



su blanco pañuelo  
perdió en el camino.

40

Corrí a levantarlo,  
y al tiempo de asirlo,  
el alma inundome  
su olor a tomillo.  
Al dárselo, "gracias,

45

mil gracias" -me dijo,  
poniéndose roja  
cual flor de seíbo.  
Ignoro si entonces  
pequé de atrevido,

50

pero ello es lo cierto  
que juntos seguimos  
la senda, cubierta  
de sauces dormidos;  
y mientras sus ojos,

55

modestos y esquivos,  
fijaba en sus breves  
zapatos pulidos,  
con moños de raso  
color de jacinto,

60

mi amor de poeta



la dije al oído;  
¡mi amor, más hermoso  
fue flor de seíbo!  
La frente inclinada

65  
y el paso furtivo,  
guardó aquel silencio  
que vale un suspiro.  
Mas, viendo en la arena  
la sombra de un nido

70  
que al soplo temblaba  
del aire tranquilo,  
-"Allí se columpian  
dos aves, me dijo;  
dos aves que se aman

75  
y juntas he visto  
bebiendo las gotas  
de fresco rocío  
que absorbe en la noche  
la flor del seíbo",

80  
Oyendo embriagado  
su acento divino,  
también, como ella,  
quedé pensativo.  
Mas, como en un claro



85

del bosque sombrío,  
se alzara, ya cerca,  
su hogar campesino  
detuvo sus pasos,  
y, llena de hechizos,

90

en pago y en prenda  
de nuestro cariño,  
hurtando a las sienes  
su adorno sencillo,  
me dio, sonrojada,

95

la flor del seíbo.

1876.

Primera lágrima

Has llorado recién. ¿Por qué has llorado?

No me digas que no:

lo estoy viendo en tus ojos, lo estoy viendo

en tu mismo rubor.

Una niña es pimpollo a los quince años.

5

Quince años cumples hoy,

y olvidas que en las flores no hay más lágrimas  
que el rocío de Dios.

Empero, no te aflijas; de ese llanto

conozco la razón:

10

una noche de insomnio, una quimera



celeste que pasó;  
El alba en el espíritu; las sombras  
girando en derredor;  
raudales que de súbito despiertan

15

la sed del corazón...  
¿Y por eso has llorado? Así es la vida  
en su primer albor:  
un crepúsculo azul donde batalla  
la noche con el sol.

20

No te asuste la lucha. Verás luego,  
del cielo en la extensión,  
desplegarse en las nubes las banderas  
del astro vencedor.  
Seca, pues, en tus ojos esas lágrimas

25

que la ansiedad vertió;  
para vencer las sombras de la vida  
hay un astro: el amor.  
Guarda el llanto en tus párpados de rosa,  
que es tesoro de Dios,

30

como esconde la gota de rocío  
en su seno, la flor.  
No lo viertas en vano, porque un día,  
¡Ay! Un día sin sol...  
Pero ¿a qué entristecerte?... ¡No más penas!





35

¡Quince años cumplés hoy!  
1877.

Adiós

¡Adiós, hermana, adiós! El alma mía  
vela de tu bajel sobre la popa,  
como la blanca estrella que te guía  
a las distantes playas de la Europa.  
Ella, del mar en la rugosa frente,

5

aplacará las iras; y en su anhelo,  
disipará las nubes de occidente  
para que ría a tu mirada el cielo.  
Ella, a la luz de la mañana hermosa,  
que en los cristales de la mar se quiebra,

10

te ceñirá a la frente generosa  
vivo rayo de sol, hebra por hebra.  
Y ella será también la que consuele  
las amarguras de tus noches solas,  
mientras la nave destrozando vuela

15

el arco móvil de las blandas olas.  
¡Adiós, hermana, adiós! Alma sincera  
donde la santa caridad se anida,  
ese foco de luz que reverbera  
en todas las tinieblas de la vida!

20



¡Oh, cuánto debo a tu piedad! Enfermo,  
y triste y débil, en mi noche helada,  
sobre mi pecho desolado y yermo  
derramaste la fe de tu mirada.  
Ningún gemido de dolor se escucha

25  
desde entonces en él, y aunque enlutado,  
tiene el noble valor para la lucha  
que tu sencillo corazón le ha dado.  
Canción materna, que en el aura inquieta  
vuela a cerrar los párpados del niño,

30  
tal era, en el insomnio del poeta,  
el arrullo infantil de tu cariño.  
Hoy no escucho esa voz. Sólo mi alma,  
como la espuma con la brisa leda,  
en cada ola de la mar en calma

35  
bajo tus ojos pensativos rueda.  
¿La ves? ¿la sientes? De la mar vecina.  
¿No llega a ti su celestial plegaria?  
-"¡Protégela, Señor!, ¡es peregrina,  
y va enferma y doliente y solitaria!"

40

1878.

El naranjo y el cedro

Leyenda bíblica

Era de la Creación el cuarto día:

la luz primaveral, tibia y rosada,

a torrentes sobre ella descendía



en ondas derramada.  
Y era entonces tan puro el firmamento,

5  
que, en presencia del sol y tras sus huellas,  
agrupadas y en blando movimiento  
lucían las estrellas.

Ya, agitando el cristal de sus entrañas,  
los mares en su cuenca rebullían,

10  
y se alzaban gigantes las montañas,  
y los valles se hundían.  
Y el Eterno sonrió: trémula y pura,  
la tierra su sonrisa trocó en flores;  
vistiéronse los montes de hermosura,

15  
de selvas y de albores.  
Dios entonces abarcó los horizontes  
con su inmensa mirada: y se postraron  
las hierbas y las selvas y los montes,  
y su gloria cantaron.

20  
Y al Cedro del Sanir, con voz suave  
dijo el Naranja del Edén: "¡Bendito  
el Señor, que elevó tu cima grave  
hasta el cielo infinito!  
Tendió tus ramas de occidente a oriente,

25  
dio a tu savia un espíritu ignorado,



y existencia inmortal. -¡Alza la frente,  
o rey de lo creado!"  
Y las cándidas flores se entreabrieron,  
y las hierbas humildes se inclinaron,

30

y las selvas sonoras se mecieron,  
y su gloria cantaron.  
Las verdes ramas inclinando entonces,  
le dijo el Cedro: "Tu belleza admira;  
te dio el Eterno un pedestal de bronce

35

que incólume se mira.  
Tus hojas hizo de esmeraldas; de oro,  
tus dulces frutos; y en su amor profundo,  
le dio su aroma al azahar. ¡Te adoro,  
incensario del mundo!"

40

Y las cándidas flores se entreabrieron,  
y las hierbas humildes se inclinaron,  
y las selvas sonoras se mecieron,  
y su gloria cantaron.

1875.

El hogar vacío  
¡Ay! ¡Tu hogar está húmedo y sombrío  
de tu encanto vacío,  
de todos tus reflejos despojado!  
¡El aire que agitaba tus cabellos,  
como no juega en ellos,

5



circula entre los árboles callado!  
Se caen marchitas al abrir las rosas  
que, frescas y olorosas,  
ayer reían en tus sienes bellas;  
y crecen las acacias tan lozanas,

10  
que cubren las ventanas  
por donde nos miraban las estrellas.  
Como uno y otro día no te vieron,  
tus tórtolas huyeron,  
aquellas que, amorosas y sencillas,

15  
sobre tu casto seno se empinaban,  
y tus labios besaban  
golpeando con sus alas tus mejillas.  
¡Quién sabe dónde están, a dónde han ido  
a suspender su nido!

20  
Extrañas son las que en el bosque moran,  
las que se mecen en sus verdes cañas,  
y a tu recuerdo extrañas,  
las que en tu sauce predilecto lloran  
Todavía aquel árbol eminente,

25  
sobre el balcón saliente  
deja, inclinado, que su copa oscile;  
pero ya no entrelazan en los muros  
sus vástagos oscuros  
la madreSelva y el jazmín de Chile.



30

Crece hierba salvaje en las macetas,  
colmadas de violetas,  
que tú regabas al morir el día;  
y ruedan por los patios desbandadas  
las hojas arrancadas

35

de aquel naranjo que tu edad tenía.  
Las limpias aguas del raudal cercano,  
que en tu rosada mano  
beber solías con afán sonriente,  
cuando del linde de tu hogar se alejan,

40

parece que se quejan,  
que van llorando por su dueña ausente.  
¡Las olas son que en apacibles horas,  
copiaron, seductoras,  
de tu frente de niña la azucena!

45

¡Las mismas olas que no bien llegaban,  
tendiéndose, buscaban  
algún hoyuelo de tu pie en la arena!  
Como en los días del ardiente Enero,  
la jaula del jilguero

50

aún cuelga del parral, fresco y umbroso;  
pero ¡ay!, en vez del que quisiste tanto,  
hay otro cuyo canto



es un gemido de dolor medroso.  
Así mi lira llorará tu ausencia.

55

Tu cándida existencia  
cual blanca nube se elevó del suelo  
Y en lo infinito desplegó sus galas...  
los que nacen con alas,  
¡Qué pronto suben de la tierra al cielo!

60

1880.

El manantial

Aquí, mirando el cristal  
de tus aguas sin rumores,  
soñaba en días mejores,  
solitario manantial.

La luna, triste, vertía

5

su rayo sobre mi frente,  
y en tu seno transparente,  
deshecha, se difundía.

El aura, tímida y grata,  
llena de aromas distintas,

10

alzaba rápidas cintas  
en tu círculo de plata.

Y entonces, la ola de armiño,  
por tu disco resbalando,  
te rodeaba suspirando

15



con el suspiro del niño.  
¡Cuántos años han huido!  
¡Cuánta pena tiene mi alma!  
Y tú siempre, siempre en calma,  
como ayer, adormecido.

20

Como antes, las margaritas  
en tus orillas verdescen,  
y extendiéndose, florecen  
sobre tus aguas benditas.  
Como antes, cándida y bella,

25

baja en la noche estival,  
a bañarse en tu cristal,  
la melancólica estrella.  
Como antes, oculta aquí,  
en el arbusto florido,

30

las dos perlas de su nido  
el errante colibrí.  
Así, en los años distantes  
de la infancia, me reías...  
¡Ah! ¡qué tiempos! ¡qué alegrías!

35

¡Sólo yo no estoy como antes!  
Deja que bañe mi frente,  
ya por el tiempo quemada,  
en la linfa regalada  
de tu seno transparente.





40

Y que en tus olas de armiño  
vea las aves bañarse,  
y como antes, reflejarse  
mis ilusiones de niño.  
Respiro en ti la fragancia

45

que yo aspiré alguna vez:  
el aura de la niñez,  
los recuerdos de la infancia.  
Viene a herir mi fantasía,  
a conmoverme un instante,

50

el beso tibio y fragante  
de la dulce madre mía.  
Y mis primeros amores,  
que viven dentro de mi alma  
como la savia en la palma

55

y la fragancia en las flores.  
Por eso, como el zorzal  
expatriado de su nido,  
hoy te canto entristecido,  
solitario manantial.

60

1873.  
América  
|  
Para cantar de América la bella



la fe profunda y el amor que inspira,  
para volcar el alma en vibraciones  
como la vuelca en sus torrentes ella,  
no hay notas en la lira,

5  
ni férvidas canciones  
en sus cuerdas, mojadas  
con el llanto de cien generaciones.  
El trueno del torrente,  
del huracán el rápido estallido,

10  
la tempestad enérgica y ardiente,  
esconden en su entraña  
el mágico sonido  
que el alma busca, y en el aire siente,  
para arrullar de América el oído.

15  
Todo es gigante en su fecundo seno  
su pasado, que vierte en la memoria  
el rojizo esplendor de la centella,  
o produce en el ánimo sereno  
esa sed de admirar, que apenas sacia,

20  
en raudales de luz, su misma gloria.  
Todo es gigante en ella:  
¡los héroes y la historia  
y la sublime eterna democracia!  
¡Ah! ¡Miradla pasar! ¡Esa bandera



25

que muestra sobre el polvo del camino  
su regia pompa y majestad guerrera,  
ondula el soplo del amor divino!  
¡El porvenir la llama!  
¡El porvenir, que abiertas

30

dejó a su marcha las doradas puertas  
que injusto un día le cerró el destino!  
Para animar su paso  
y templar su valor en la batalla,  
en la selva, en el monte,

35

y en el círculo azul del horizonte,  
¡el himno inmenso de la vida estalla!  
¡Ah! ¡Por eso, en la arena,  
como un león en su salvaje lecho,  
el Plata tiende su robusto pecho

40

y sacude bramando su melena!  
¡Y por eso su espuma,  
como rizada pluma,  
agita el blando y sonoro Rímac,  
el Niágara convulso se derrama,

45

y en tanto que susurra el Apurímac,  
se despeña tronando el Tequendama!

II

Allá, yérguese altivo en su regazo



el viejo audaz de corazón de piedra,  
a cuya cima ni la astuta hiedra

50  
ha podido trepar, -¡el Chimborazo!  
¡Su frente de granito  
donde el sol de los trópicos chispea,  
por cima de las nubes centellea  
y parece horadar el infinito!

55  
A solas con el cielo,  
mira, a sus plantas dilatarse un mundo;  
hervir los pueblos; reposar los mares;  
tenderse por el suelo,  
alfombra digna de sus pies, las selvas;

60  
rodar por las montañas  
de los torrentes los raudales fríos;  
y desplegarse entre flexibles cañas,  
la franja azul de los serenos ríos.  
En derredor de la nevada cumbre,

65  
fragancias tropicales  
volando esparce el aromado viento  
en las eternas nieves  
refresca ansioso su abrasado aliento,  
y las cuestas vecinas

70  
bajando con sonoro movimiento,



se derrama por valles y colinas.  
Sobre la altiva frente esplendorosa  
del augusto titán americano,  
viva aureola que en la sien gloriosa

75

de América se enciende,  
es fama que del cielo ecuatoriano  
el Sol del Inca a reposar descende.  
Un día... sólo un día,  
se conmovió en su base sempiterna,

80

echó el manto de nubes a la espalda,  
y tendió en la llanura de esmeralda  
su mirada sombría.  
Rivales de su gloria,  
y midiendo su talla por su talla,

85

frente a frente tenía  
a Bolívar, de fuego en la victoria,  
y a San Martín, de bronce en la batalla.

III

¡Un gigante de pie, y otro caído!...  
¡Mensajero eternal de la grandeza

90

con que Dios nuestra América ha vestido,  
por las cálidas zonas,  
radiante de belleza,  
se tiende y se dilata el Amazonas!  
Guirnalda de sus húmedas riberas,



95

cargadas de rumores,  
los bosques, que los siglos no marchitan,  
destrenzando sus verdes cabelleras  
lo arrojan al pasar todas sus flores.  
En el vasto paisaje

100

por sus rápidas ondas sacudido,  
y del ave en el mágico plumaje,  
el trópico derrama,  
en soberbia explosión de colorido,  
los mil cambiantes de su eterna llama.

105

El himno de las aves; de las flores  
el beso soñoliento;  
la palmera, que tiembla enamorada  
bajo el ala del viento;  
cuanto encuentra en su marcha dilatada,

110

cuanto guarda el edén de sus delicias,  
al gigante enamora;  
¡pero él sabe arrancarse a sus caricias,  
lanzándose al oriente  
como si fuera en busca de la aurora

115

para atarla al cristal de su corriente!

IV

¡Silencio y soledad, misterio y calma!...



lo infinito en la tierra y en el cielo;  
la presencia de Dios dentro del alma;  
¡la plenitud del vuelo!

120

La extensión y la faz del océano  
en inmóviles ondas de verdura...  
¡he ahí la llanura,  
orgullo de la patria de Belgrano!  
¡Amada del pampero,

125

ella guarda para él todas sus galas,  
y él arrulla el silencio de sus horas  
con la música eterna de sus alas  
vibrantes y sonoras!  
Al rayo de la luna,

130

sobre la verde y dilatada alfombra,  
surgiendo del vapor de la laguna,  
cruzar parece la doliente sombra  
de Brian y de María...  
¡Dulce amor del desierto!

135

¡Infinito del alma en lo infinito  
de su imponente majestad sombría!  
¡Cómo su vago resplandor incierto,  
al corazón revela  
que el espíritu aún de Echeverría

140



de loma en loma sollozando vuela!...  
Los siglos, en su paso por el mundo,  
no vertieron las fuentes de la vida  
en el seno fecundo  
de la Pampa dormida:

145

la hollaron en silencio... y en silencio,  
al amparo de Dios, yace tendida.  
¿Qué mano bienhechora  
la arrancará al letargo de su sueño?  
¿El rayo de qué aurora

150

disipará las sombras que la envuelven  
y humillan con su peso?  
La mano de sus hijos;  
¡la aurora germinante del progreso!  
Ella duerme y espera

155

del pueblo de su amor sentir la planta,  
que a través del desierto se adelanta  
por lomas y ribazos,  
¡para abrirse a la luz de la existencia,  
para erguirse gigante en su presencia,

160

para alzarlo también entre sus brazos!  
V  
¡Escuchad! ¡escuchad! ¡Largos rugidos  
pasan, del aire sacudiendo el vuelo,  
cual si allí se arrastrara por el suelo





extraña catarata de sonidos!

165

¿Por qué tiemblan en torno los pinares?  
¿Qué horror sublime los espacios puebla?  
¿Por qué el iris de paz, gloria del cielo,  
ríe atado al abismo entre la niebla?  
¡Es que vuelca sus ondas seculares

170

el Niágara esplendente!  
¡El Niágara! ¡la fuente  
inexhausta y soberbia de los mares!  
Mil ondas encrespadas,  
como salvaje tropa de leones

175

al borde del abismo arrebatadas,  
exhalan en rugidos  
sonoras pulsaciones,  
que vibran como un canto en los oídos.  
¡Poema sin segundo,

180

en los peñascos del raudal impreso,  
que, con solemne entonación homérica,  
parece que cantara sobre el mundo  
el himno del progreso  
en la lira gigante de la América!

185

De Washington el pueblo,  
despertando a su voz, honda y valiente,



aprendió el heroísmo  
en la lucha tenaz bajo la bruma  
¡del raudal y el abismo,

190  
de la roca y la espuma!  
Y luchando también, hundió las naves  
de la adusta Inglaterra;  
y a su empuje viril, el Despotismo,  
que derriba las frentes a balazos,

195  
¡largo trecho rodó sobre la tierra  
como rueda un cañón hecho pedazos!  
¡Escuchad! ¡escuchad! El torbellino  
hierve airado otra vez, airado truena  
y es que el nombre de Cuba,

200  
la mártir del destino,  
¡en el arpa de América resuena!  
¡Sí, que otra lira hermana,  
amarrada a la sirte procelosa,  
rugiendo en las espumas

205  
apostrofa a la tierra americana!  
¡Ay! ¡La sonante lira  
a cuyo acento el corazón se expande  
y, heroico en su dolor, estalla en ira,  
de Heredia el inmortal, de Heredia el grande!

210



VI

Así, en medio de músicas extrañas,  
por inmensas llanuras  
y ríos y torrentes y montañas,  
Eva de un mundo y del Edén señora,  
siguiendo va del porvenir la huella

215

América la bella,  
América, la virgen soñadora.  
De la pálida luna  
no lleva el tibio y misterioso rayo  
sobre la sien ardiente,

220

que el dios del Inca calentó su cuna,  
se alzó en la tierra al esplendor de Mayo,  
y el sol de Julio coronó su frente.  
Allá, dos mares a su talle airoso  
el tul suspenden de su parda bruma,

225

y el Guaira proceloso  
y el Niágara, a su espalda  
el manto arrojan de su hirviente espuma  
y van rodando a acariciar su falda;  
allí, como un trofeo

230

que el viento encima de los Andes bate,  
como un girón a la montaña asido  
del humo del combate,  
dejando el cóndor su ríscoso nido,



un punto inmóvil la contempla... ¡Y luego,

235

enamorado y ciego,  
abriendo su plumaje,  
en el azul purísimo resbala  
y siente bajo el ala  
chispear el rayo del amor salvaje!

240

¡Ah! como él, el poeta americano,  
cóndor de los espacios de la idea,  
el monte humilla, reconcentra el llano,  
y entre ambos polos la extensión pasea;  
como él, en medio de la tierra amada,

245

el alma pensativa  
suspende en el fulgor de una mirada;  
y, desde el foco de su sien altiva,  
como él, difunde enamorado, ciego,  
la llama convulsiva

250

¡de su Potente inspiración de fuego!  
1879.

Canción

¿Por qué estás triste, dulce bien mío?  
¿Por qué tu lira no canta más?  
¿Por qué estás mudo como el vacío  
-Porque estoy lejos del Paraná.  
Noches de ensueño, días de calma,



5

allí tan sólo puedo gozar:  
opresa siento y herida el alma  
por el bullicio de la ciudad.  
Si tú quisieras de mi ventura  
las breves horas iluminar,

10

las radiaciones de tu hermosura  
encantarían mi soledad.  
Allí, en los bosques murmuradores,  
bajo la sombra de mi seibal,  
donde girando los picaflores

15

liban el dulce burucuyá  
Muros de tapia, techo quinchado  
con todo el lujo del totoral,  
forman mi rancho, do no ha faltado  
nunca inocente felicidad.

20

Las limpias aguas de un arroyuelo  
muestran su imagen en su cristal,  
y allá, en el fondo color de cielo,  
el pez que viene y el pez que va.  
Se mece en ellas una canoa

25

hecha de un tronco de pacará,  
con dos filetes de aberemoa  
y negra banda de guayacán.  
Si tú quisieras, tuya sería



la airosa nave donde al bogar,

30

¡Ay! Muchas veces me parecía  
ver tu hermosura meridional.  
Y pues ya sabes, dulce bien mío,  
porqué mi lira no canta más,  
porqué estoy mudo como el vacío,

35

ven a las islas del Paraná.  
1876.  
Sin ella...  
Por entre el bosque, desplegada cinta,  
del arroyuelo la corriente va,  
y el sol, hiriendo los ramajes, lanza  
doradas flechas a su limpia faz.  
Se ve en la sombra que desgarrá a trechos

5

el haz brillante de la rubia luz,  
volar la chispa de la arena de oro  
al copo errante de la espuma azul.  
Se ve en las aguas reflejarse un nido,  
temblar la rama que le da sostén,

10

y sombra de alas bajo redes de hojas  
al fondo oscuro del raudal caer.  
Se ve, sonriendo, por el abra estrecha,  
la faz de un cielo que ilumina el sol,  
y allí dos nubes, como blancos sueños,



15

atar sus velos y volar las dos...  
Pero ¿ella", ¿el alma? ¿y el amor?... Dios mío,  
jamás de tu obra blasfemar podré;  
mas, ¿cómo amar y bendecir las ondas  
si no reflejan su nevada sien?

20

1879.  
Ellos  
Cuelga tan sólo del ombú, en la loma,  
una postrera ráfaga de luz,  
y se entreabre el lucero de la tarde  
cual flor de nieve sobre campo azul.  
La noche baja a la hondonada; en ella

5

rueda el carruaje donde van los dos;  
y cuanto más la oscuridad los cerca,  
hay en sus almas claridad mayor.  
En vano el día de la tierra inclina  
al horizonte la inflamada sien,

10

cuando el amor, crepúsculo divino,  
comienza para el alma a amanecer.  
A los astros que brillan en el cielo  
ni una mirada fugitiva dan,  
porque asomados a sus ojos viven,

15

donde hay estrellas que relucen más.  
Se alza una nube en el confín lejano,



como presa de súbita inquietud:  
a ella vuela el lucero de la tarde,  
abierta el ala de serena luz.

20

Inflamado relámpago en su seno  
salta y la baña en vívido carmín;  
el temeroso enjambre de los seres  
fija con ansia la mirada allí.  
¡Y ambos siguen inmóviles, absortos,

25

envolviéndose en mutua claridad!  
¿Qué importan los relámpagos del cielo,  
si el alma de ellos irradiando está?  
Yo, solitario, al borde del camino,  
los miro melancólico pasar;

30

y contemplo las nubes y los astros...  
¡Porque no tengo sobre el mundo más!  
1881.

La luz mala

Tradición Argentina

Largo tropa de carretas

atraviesa la llanura

bajo la eterna hermosura

de los radiantes planetas.

Al tardo paso sujetas

5

de los bueyes, enfiladas,  
salvan lomas y quebradas,





y en el trébol florecido,  
haciendo áspero ruido,  
hunden las ruedas pesadas.

10

Vense allí en el claroscuro  
de mil vagos resplandores,  
oscilar sus conductores  
sobre el pértigo inseguro.  
De llegar no tiene apuro

15

a su rancho el picador,  
pero, músico y cantor,  
entretiene su camino  
con algún triste argentino  
que llora ausencias de amor.

20

La Cruz del Sud, suspendida  
sobre los campos desiertos,  
tiende los brazos abiertos  
hacia la tierra dormida.  
Y en la sombra sumergida

25

aquella inmensa región,  
llena de mística unción,  
por el trébol perfumada,  
está a sus plantas postrada  
como en perpetua oración.



30

Súbito brilla a lo lejos  
una luz... la luz maldita,  
cuya historia nunca escrita  
saben jóvenes y viejos.  
Vedla: lanza mil reflejos;

35

se detiene y humo exhala;  
incendia el campo; resbala  
retorciéndose maligna;  
y cada uno se persigna,  
murmurando: -"La luz mala!"

40

-"Es el alma de un hermano,  
que, desterrada del cielo,  
solitaria y sin consuelo  
vaga errante por el llano;  
un espíritu cristiano

45

de crueles ansias lleno,  
que, de la noche en el seno,  
nos ha pedido otras veces  
una cruz y algunas preces  
que lo tornen justo y bueno".

50

Así dicen, y entre tanto,  
esquivando sus destellos,  
rezan juntos todos ellos,  
olvidados ya del canto;  
y ven, trémulos de espanto,



55

cómo la luz resplandece,  
y chispea, y desaparece,  
y con nueva brillantez  
ilumina, y cada vez  
más y más grande parece.

60

Ora se hunde en el bajío,  
ora corre por la loma,  
pero siempre avanza, y toma  
por momentos nuevo brío.  
Del horizonte sombrío

65

se aproxima a cada instante,  
y hacia atrás y hacia adelante  
huyen las sombras inquietas,  
y se acerca a las carretas  
como un ojo centelleante.

70

Y, mientras lleno de horror,  
tras esfuerzos sobrehumanos,  
se cubre con ambas manos  
todo el rostro el picador,  
el penacho de vapor

75

suelto al aire, rauda, altiva,  
rumorosa y convulsiva  
cual un potro desbocado,  
pasa hirviendo por su lado



la veloz locomotiva.

80

¡Mal hacéis vuestro camino  
paso a paso y lentamente,  
al alcance del torrente,  
antiguo pueblo argentino!  
¡Cantad himnos al destino,

85

y cuando en noche serena  
brille una luz, no os dé pena,  
no temáis, criollos, por eso,  
que en las vías del progreso  
la luz mala es la luz buena!

90

1883.

Florencio del mármol

¡Ah! ¡Siempre como término la muerte!  
¡Siempre en el pecho una profunda herida!  
¡Y estas negras traiciones de la suerte  
que así oscurecen sin cesar la vida!  
¡Amigos de la infancia, compañeros,

5

comienza ahora nuestra marcha triste  
hay abismo sin fondo en los senderos...  
Florencio, nuestro hermano, ya no existe!  
Él era todo fe, todo hidalguía,  
su mente audaz, su corazón cristiano,

10



y como nadie realizar sabía  
el supremo ideal del ciudadano.  
Creyó en la libertad; le dio su espada;  
le dio con ella su primer cariño;  
héroe, le vimos defender su amada

15

con la inexperta sencillez de un niño.  
Amó en Lavalle las acciones grandes,  
los generosos ímpetus guerreros;  
al toque del clarín, voló a los Andes...  
¡Y no estaban allí los granaderos!

20

La noble frente oscurecida, inerte  
tornó a sus lares, soñador caído...  
Por eso, amigos, en la tumba duerme  
con tantos héroes que en la patria han sido.  
¡Y en qué momento! ¡Cuando al sol se abrían

25

los azahares del amor risueños!  
¡Cuando dos corazones se mecían  
en el columpio de los castos sueños!  
¡Ah! ¡Si no hay Dios!... si el alma solamente  
es el latir de deleznable arteria;

30

si aquél cielo tan puro y transparente,  
es falaz ilusión de la materia;  
¡Ante el Destino impávido y rastrero,  
que así existencias juveniles trunca,  
no me habléis de consuelo!... ¡yo no quiero,



35

no, yo no quiero consolarme nunca!  
1881.

Las quintas de mi tiempo  
Estos, Fabio ¡ay dolor! Que ves ahora  
jardines sabiamente dibujados,  
fueron un tiempo rústicos cercados  
de enhiesta pita y succulenta mora.  
Y aquellas que allí ves altas mansiones

5

de mil primores llenas, antes fueron  
modestas granjas donde en paz latieron  
mas nobles y sencillos corazones.  
Naturaleza entonces a sus anchuras  
por estos sus dominios discurría,

10

y como es dada a la labor, tejía  
mil suertes de galanas vestiduras.  
Aquí, rastreando la humedad del suelo,  
las violetas silvestres agrupaba,  
y por todas las quintas derramaba

15

un fresco aroma que llegaba al cielo.  
Pródiga aquí de sus mejores galas,  
prendía a las ventanas de una hermosa,  
de mosqueta o jazmín red olorosa  
que desflocaba el aire con sus alas.

20



Por cima de los cándidos rebaños  
que agrupaba el pastor en los oteros,  
derramaban en flor los durazneros  
una alegre sonrisa de quince años.  
Y no bien tapizaba la pradera

25

y en los verdes naranjos florecía,  
de sus maternas manos recibía  
su corona nupcial la primavera.  
Mas tú dirás, amigo, que al presente,  
aquella nuestra madre, de igual modo

30

sustenta, anima y embellece todo,  
Y quien dijere lo contrario, miente.  
¡Infeliz! ¡cual te engañas! Tú no sabes  
lo que eran estos sitios, cuanta escena  
de amor y paz y venturanza llena

35

huyó con las violetas y las aves.  
Figúrate: es domingo; el aire en calma;  
mucho sol, mucha luz, mucha alegría;  
una de esas mañanas en que ansía  
verse trocada en golondrina el alma.

40

Verás aquí y allá, por los senderos,  
confundidos los pobres y los ricos,  
la madre, las amigas y los chicos  
con sus lucientes trajes domingueros.  
Dan al viento los niños infinitas



45

pandorgas, con navaja, y en batalla,  
y a cada triunfo un clamoreo estalla  
en el hueco inmortal de Cabecitas.  
Se oye el rumor del biznagal que abrasa  
el adobe en los hornos; el ligero

50

grato sonar de tarros del lechero  
que a largo trote por las quintas pasa.  
Y allá van, salpicando las veredas,  
guiadas por un criollo o un navarro,  
las carretas de pasto, que en el barro

55

vuelven crujendo las pesadas ruedas.  
Torna ahora los ojos, Fabio, y mira  
aquel grupo de un árbol a la sombra,  
que tiene el césped por mullida alfombra,  
y la guitarra nacional por lira.

60

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,  
asándose el cordero apetitoso,  
y circular el mate generoso  
en vez de la botella de aguardiente.  
¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares

65

jamás llorados cual se debe ahora!  
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,  
salud un tiempo de los patrios lares!...





Mas calle, amigo, nuestra queja vana,  
que si un remedio a nuestras ansias veo,

70

es quedar como Lope ante el Liceo  
Llorando la vejez de su sotana.  
Juro, Fabio, por todos los poetas,  
que no hay porteñas hoy más regaladas  
que aquellas que acudían en bandadas

75

a nuestras quintas a juntar violetas.  
¡Las vieras, preparándose al asedio,  
cuando aquellos piccitos voladores  
no podían llegar hasta las flores  
porque estaba una zanja de por medio!

80

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje  
y traspasar el cenagoso abismo,  
alzando con angélico heroísmo  
la muselina del sencillo traje!  
Mas no faltaba un vástago de mora,

85

cual un brazo flexible, que de intento  
para ayudarlas inclinaba el viento...  
Que tanto puede una mujer que llora.  
Las veo aún, con las mejillas rojas  
como granadas de Engadí partidas,

90

y las húmedas manos florecidas



mariposeando entre las verdes hojas;  
Y correr, y chillar, y ser más bellas  
cuando, lanzada como rauda fija  
cruzaba una medrosa lagartija

95

con grave susto disparando de ellas;  
Y, ya en violetas rebosando el seno,  
búcaro ardiente que las flores aman,  
como por los senderos se derraman  
dejando el aire de perfumes lleno.

100

¡Oh, mi dulce porteña, amada mía!  
¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;  
huyeron ya de la niñez las horas  
Dulces y alegres cuando Dios quería!...

Buenos Aires, 1884.

Inspiradora

No es romántica, amigos,  
como decís, la niña;  
no descolora con vinagre el rostro,  
ni en derredor de los sepulcros gira.  
Si alguna vez el llanto

5

empaña sus pupilas,  
no es por cobarde, es que el dolor la hiere  
del corazón en las ocultas fibras.  
Ama la luz, la gloria,  
la juventud, la vida;

10



viste el blanco y azul de nuestras madres  
porque ha nacido, como yo, argentina.  
Es joven, es robusta  
como la patria mía;  
del Paraná y el Uruguay se baña

15

en las sonoras transparentes linfas.  
Enamorada eterna  
de la virtud sencilla,  
canta a la sombra del hogar modesto,  
amores puros, infantiles risas.

20

Desata sus cabellos,  
en actitud magnífica,  
cuando el soplo vital de nuestros campos,  
rasgando nubes, el pampero envía.  
Aun hierve entre sus venas

25

roja sangre latina,  
mas calentada por el sol de fuego  
que en la bandera de los Andes brilla.  
No pide al extranjero,  
con ansias de mendiga,

30

extraño adorno, que a sus trenzas basta  
la flor del aire que en redor se cría.  
Cuando la Patria evoca,  
su rostro se ilumina,  
alza orgullosa la serena frente,



35

y absorta lleva al porvenir la vista.  
¡Qué grande será, exclama,  
nuestra tierra argentina!  
¡Feliz de aquel que en el presente sea,  
y el lauro excelso del futuro ciña!

40

1884





# HUMANISMO QUE TRANSFORMA